

# ATLAS

4

otra revista de salud mental,  
una revista de psiquiatría de enlace



# Editorial

---

Bienvenidos al cuarto número de ATLAS. Al momento de pensar esta edición, decidimos hacer algo diferente en beneficio de la salud mental de nuestros lectores, así que hemos optado por un número de lecturas para acompañar las vacaciones.

Los relatos incluidos pertenecen a jóvenes escritores argentinos que asoman en los márgenes de los suplementos culturales y que creemos merecen más atención. Algunos han publicado en editoriales grandes, otros en pequeñas editoriales independientes.

Van a encontrar, a modo de separadores entre los cuentos, listas de recomendaciones literarias que diferentes profesionales a los que estimamos y admiramos han tenido la gentileza de pensar especialmente para esta edición.

La literatura (podríamos decir el arte en general, pero no lo vamos a decir porque “el arte en general” no se ajusta a lo que queremos transmitir) opera en quienes hacemos ATLAS como un potente estimulador de pensamiento; pensamiento que está más cerca de la vitalidad que de la rumiación. Creemos que una parte importante de la formación continua del psiquiatra es el contacto con las expresiones de su tiempo. Créannos que es más útil para la práctica médica leer a Pynchon que un paper sobre la agomelatina. Y no lo decimos (solamente) como una provocación, sino por experiencia. En la coyuntura entre el tecnicismo, la pasiva

entrega al mercado, las batallas ideológicas inútiles, la omnipotencia de discursos y la precariedad del lazo social, la literatura se mueve como un lugar de excepción que permite crecer, o al menos, ponerse a un costado para detenerse a pensar, que, como decía Houellebecq, es en estos tiempos acatísicos que empujan y embarullan, una acción revolucionaria. Citamos de memoria, capaz que Houellebecq no decía exactamente eso, pero bueno. Segunda vez que aparece el autor de *El mapa y el territorio* en una editorial de ATLAS. Vaya como primera recomendación de lectura.

MZ



# Sumario

Editorial .....	2
La canción que cantábamos todos los días (Luciano Lamberti) .....	5
Recomendaciones Sergio Strejilevich.....	13
Recomendaciones Tomasa San Miguel .....	14
Las aventuras de la señora Ema (Federico Falco) .....	15
Recomendaciones Alejandra Eidelberg .....	30
Recomendaciones Julio Moscón .....	32
Con todo en juego (Ariel Pichersky) .....	33
Recomendaciones Franco Ingrassia .....	41
Fotoquímicos (Maria M Lobo) .....	43
Recomendaciones de Marcelo Negro .....	57
Mavrakis en Spandau (Juan Terranova) .....	61
Recomendaciones de Ingrid Brunke .....	68
El Recurso Humano III Eric Kandel (Nicolás Mavrakis) .....	70
Cierre .....	77

---

ATLAS Año 1 N° 4 . Enero 2015. ISSN 2362-2822

Director: Marcos Zurita. Co-director: Javier Fabrissin. Autowahn Editora.  
Capítulo de Interconsulta y Psiquiatría de Enlace Asociación de Psiquiatras Ar-  
gentinos. Lectores: maildeatlas@gmail.com

Av Belgrano 1431 1 "8" C1093AAO C.A.B.A. TE: 4383-6123 /  
mail: autowahn@gmail.com

# La canción que cantábamos todos los días

---

Luciano Lamberti

(San Francisco, Córdoba, 1978)

Cuento publicado en *El loro que podía adivinar el futuro*  
(Editorial Nudista, 2012)

---

Me llamo Tomás, tengo treinta años, vivo con mi padre. Somos dos solitarios en una casa grande que se cruzan a horas insólitas y se tratan con respeto, pero podemos pasar días enteros sin vernos. Los jueves viene una señora que barre los pisos, lava los platos acumulados y deja brillantes los muebles. Tengo un hermano mayor, ingeniero en sistemas, que vive en las sierras con su familia, y a veces los vamos a visitar. Nos turnamos al volante, porque a mi padre se le cansa la vista. Salimos el sábado temprano y volvemos el domingo después del almuerzo, para no agarrar la ruta congestionada.

Pero lo que quiero contar es otra cosa. Algo que no le conté nunca a nadie.

Mi hermano, el de las sierras, no es el original. Es *algo* en el cuerpo de mi hermano, algo que lo reemplazó. Hace muchos años desapareció en el “bosquecito” y nunca volvió. Quiero decir: volvió, pero ya no era él. No es que estuviera distin-

to, o *cambiado*. Era otro, directamente. Otro que se metió en nuestra familia y la devoró por dentro.

Fue un 13 de abril. Me acuerdo bien de la fecha porque coincide con el cumpleaños de mi madre. Esa vez cayó domingo y comimos un asado en un parador, al borde de la ruta 9, yendo para Zenón Pereyra. Los domingos los asadores se llenaban de gente que estacionaba bajo los árboles y se pasaba el día entero ahí, oyendo el partido con la puerta del auto abierta, pero en ese domingo en particular no había casi nadie. Una pareja sola, que comió y se fue temprano.

Bueno, detrás de los asadores, cruzando un alambrado, estaba el bosquecito. Era un monte de esos árboles que se llaman siempreverdes, que habían nacido regados por la desembocadura del canal y cuyas hojas podridas formaban un colchón en el piso. Si uno se metía cien metros el lugar se ponía feo, con pedazos de vidrio emergiendo del barro, chapas podridas, perros muertos inflados por la descomposición y ratas del tamaño de un gato saliendo entre los escombros. De ahí vino lo que ocupó el cuerpo de mi hermano.

Hay una foto de esa tarde. La tengo cerca mientras escribo, porque marca el momento exacto en el que todo comenzó a deteriorarse. Ahí estamos los cuatro, frente los árboles, a un costado asoma la cola celeste del Dodge. Mi madre todavía es joven y tiene un ojo cerrado porque el sol le da en la cara. Un cigarrillo humea entre los dedos de mi padre. Mi hermano sonrío, con los auriculares del walkman colgados del cuello. Es una sonrisa maravillosa, una sonrisa que dice: mírenme, tengo diecisiete años, soy nuevo en el mundo, estoy lleno de brasas. Su sonrisa está congelada en esa foto: es la última vez que la vamos a ver.

Después de esa foto comimos la torta y mis padres se tiraron en las reposeras y se quedaron dormidos. Yo me senté contra un árbol y me puse a leer una revista de historietas. No vi lo

que hacía mi hermano. Pasaron, no sé, diez o quince minutos. Entonces mi madre abrió los ojos y me preguntó por él, con las cejas fruncidas por la preocupación. A lo mejor había tenido una pesadilla, uno de sus “pálpitos”. Levanté los hombros: no sabía. Mi madre se acercó al alambrado y lo llamó. Gritó varias veces su nombre. Despertó a mi padre y lo llamamos entre los tres. Después oímos el chasquido de una rama al quebrarse y mi hermano salió de entre los árboles con el walkman puesto. Se quedó mirándonos. Recuerdo esa expresión y me da frío.

–Sacate eso de las orejas haceme el favor –lo retó mi madre.

Mi hermano tardó en reaccionar. Cuando lo hizo, movió la mano para sacarse los auriculares con un gesto que no era para nada suyo. Entonces sospeché que algo andaba mal, algo difícil de definir. Pero no dije nada, ¿qué iba a decir? Nos subimos al auto y volvimos a casa.

Al mes lo llevaron a un médico, el primero: el doctor Ferro. Le hizo radiografías de la cabeza y algunos exámenes, después habló con mis padres. Físicamente, dijo, mi hermano estaba bien, a lo mejor el problema tenía que ver con la adolescencia, la efervescencia hormonal, el rechazo del mundo, incluso la depresión, ¿quién no se deprime a los diecisiete años?

Así que les dio el número de un sicólogo, que habló con mi hermano y les repitió a mis padres el diagnóstico de Ferro: era un chico sano, perfectamente sano. Un poco callado, un poco retraído, pero sano.

–Usted no entiende –dijo mi madre–. Ese chico es otra persona. No es *mi* hijo.

El sicólogo levantó los hombros.

–La personalidad de su hijo está fluctuando por la edad. Va a tener que aceptarlo así.

Pero mi madre no lo aceptó. Lo llevó a otros médicos, a un homeópata, a un parasicólogo, a curanderas. La idea la obsesionaba. Con el tiempo comenzaría a perder el control de su vida: a fumar en exceso, a descuidar su aspecto personal, a

sufrir largos períodos de insomnio en los que la idea rebotaba en su cabeza como una pelotita de pinball. Mi hermano era otro y ella no podía estar cerca. No soportaba su presencia. Antes era una pesada que lo despeinaba y le decía que estaba cada día más churro, cosas que hacen las madres con sus hijos, pero desde la tarde en el bosquecito no lo tocaba. Incluso le costaba estar cerca suyo: enseguida se ponía nerviosa. Lo mismo nos pasaba a mi padre y a mí: una parte de tu cuerpo sentía una repulsión instintiva hacia él. Ganas de irse lejos y no volver nunca.

No hablamos mucho del tema. Con mi padre recuerdo haberlo hablado una sola vez. Estábamos sentados en el auto, frente al pabellón de deportes donde yo tenía mi hora de gimnasia. Él había insistido en llevarme, aunque siempre me iba caminando o en bicicleta, y cuando me estaba por bajar me dijo que quería preguntarme algo. Pensó un rato:

—¿Vos te diste cuenta?

Hice que sí con la cabeza.

—Respira distinto —dije.

Yo compartía habitación con él y lo oía de noche.

—¿Cómo distinto?

—Distinto, raro. Respira como si fuera otra persona. Y a veces prendo la luz y está sentado en la cama, con los ojos abiertos. Me da miedo.

Mi padre se quedó callado un rato y al final dijo:

—Tu mamá está deprimida. Ayúdala, no la hagas renegar, portate bien, ¿sí?

Estuve a punto de contarle de los sueños. Del sueño que había tenido la noche anterior. Pero preferí no hacerlo.

—Sí —le dije, y me bajé del auto.

Los sueños eran todos más o menos parecidos. Mi hermano andaba por la casa sin prender la luz ni hacer ruido. Se acercaba a las fotos colgadas en la pared y las miraba. Se acercaba a mi cama, se acercaba a la cama de mis padres, nos miraba. Sus



ojos eran completamente negros. Después volvía a acostarse.

Mi madre también soñaba, pero no lo supe hasta mucho después. Soñaba con –como lo llamó– tu “verdadero hermano”. Mi verdadero hermano, me dijo, estaba en el interior de un pozo, en la tierra. Era un pozo muy profundo, la salida se veía como una moneda de luz en lo alto, y él se había roto las uñas tratando de trepar. Estaba flaco, se le notaban las costillas. Gritaba y gritaba.

–Me despierto angustiada, y le pido a Dios no soñar de nuevo con eso –me contó mi madre–. A veces Dios me escucha.

Un día mi madre lo miró y le dijo:

–¿Por qué no te vas?

–Tranquila –dijo mi padre.

Estábamos almorzando con la televisión prendida, era un sábado o un domingo. Mi hermano pinchó un raviol, se lo llevó a la boca y masticó sin quitar los ojos de la televisión.

–Yo sé quién sos. Lo sé muy bien –dijo mi madre, asintiendo.

–Tranquila –repitió mi padre.

Mi madre se levantó y fue a fumar al patio.

En ese entonces ya éramos una familia solitaria. Unos meses después del incidente del bosquecito los amigos de mi hermano dejaron de venir. No dieron explicaciones. Después mi madre se encontró con uno en la calle, que le dijo que quedarse solo con él le ponía la piel de gallina, y le mostró el brazo: recordarlo también le ponía la piel de gallina. Con los parientes pasó lo mismo. Incluso con algunos vecinos que antes siempre andaban dando vueltas por casa. Mi hermano los incomodaba. Así que también ellos dejaron de venir.

Yo me despertaba gritando por las noches y mi padre prendía la luz.

–¿Le hiciste algo? –le preguntaba a mi hermano.

Hablaba con violencia, como si estuviera a punto de pe-

garle una trompada.

Mi hermano se daba vuelta y se hacía el dormido.

No sé cuánto duró esta situación. Meses probablemente. Meses de comidas tensas, meses de mi madre llorando a escondidas en el lavadero, meses en los que todos preferíamos estar en cualquier parte menos en casa. Una mañana la portera vino al aula y habló con la maestra en voz baja, mirándome. Después la maestra me pidió que guardara los útiles. Mi padre me esperaba en la entrada. En su cara advertí que algo había pasado, algo feo.

—Tu mamá tuvo un ataque de nervios —me explicó en el auto, negando con la cabeza—. Quiso cortar a tu hermano con un cuchillo.

Después supe que mi madre había cometido el error de contarles, primero a la policía y después a un sicólogo su teoría sobre el cambio de mi hermano. Les explicó que había sido reemplazado por un espíritu que vive en la madera de los árboles, algo que había leído en alguna revista. El espíritu viviría en su cuerpo hasta desgastarlo, y luego saltaría a otro, y a otro, y a otro. Era como un parásito. Y lo que ella había hecho fue intentar liberarlo. Eso les dijo.

La llevaron a un hospital psiquiátrico y por quince días no nos dejaron verla. Se estaba estabilizando, le explicó el psiquiatra a mi padre. Fuimos por primera vez un domingo a la tarde. Mi hermano tenía gasas pegadas con cinta en la cara y los brazos, porque en algunos cortes debieron hacerle puntos. Nos sentamos en una mesa de cemento, en el patio, mirando a las internas que recibían las visitas de sus familias.

Al rato una enfermera la trajo. Era una mujer corpulenta y llevaba a mi madre del brazo. Mi madre caminaba arrastrando los pies, con un equipo de jogging celeste y las manos extendidas, como si estuviera ciega. Cuando reconoció a mi hermano, a lo lejos, empezó a gritar y luchar en los brazos de la mujer. Tuvo que acercarse otra y entre las dos la sujetaron y

le pusieron una inyección.

Desde entonces, sólo vamos mi padre y yo.

Vamos los domingos, y hace más de veinte años que repetimos el ritual. Le llevamos cigarrillos, chocolate, revistas. Mi madre está cada vez más ausente, más abandonada: cuando se inclina para hablarme al oído puedo oler la fetidez de su aliento, un olor denso, pesado. Siempre me dice lo mismo.

—No te vayas a quedar solo con ese. Es malo, está lleno de odio. Nos odia a los tres. Nos odia porque somos distintos. ¿Vos me entendés, mi amor?

Yo le digo que sí. Que entiendo.

Cada familia tiene su canción, la canción que canta todos los días. Una canción hecha de pequeños gestos que les permite vivir juntos, dejar pasar el tiempo, no pensar. Mientras se canta esa canción, el fuego arderá en alguna parte. Y si la canción se calla, la familia explota como una gran bomba y sus miembros son esparcidos como esquirlas en cualquier dirección. Por eso cantamos todos los días lo mismo: para permanecer juntos. Para que el fuego siga encendido.

Hace unos meses tuve que hacer un viaje en uno de esos colectivos lecheros. Fue desastroso: las luces individuales estaban rotas, el asiento no se inclinaba, la calefacción era excesiva. En algún momento desperté, ofuscado: el ómnibus estaba detenido en la terminal de un pequeño pueblo. Tenía tres plataformas y estaba casi a oscuras. En el piso grasiento había un perro dormido, y contra una columna un hombre de pie, con un gran bolso Adidas al hombro. Me acuerdo que pensé: qué deprimente vivir en un pueblo así. Y entonces volví a mirar al tipo y era mi hermano. Sentí una aguja helada en la columna vertebral: era mi hermano, era mi hermano, era el verdadero, con algunas hebras grises en el pelo y algunos kilos extra, pero era él, Dios y la Virgen Santa. Tendría que haberme puesto

de pie, haber detenido el colectivo, haber gritado como loco, pero la verdad es que me quedé clavado al asiento. El colectivo empezó a retirarse de las plataformas y no pude hacer nada. Me tapé la cara y estuve así un buen rato, hasta que las luces del pueblo quedaron atrás y nos sumergimos en la oscuridad monstruosa de la ruta.

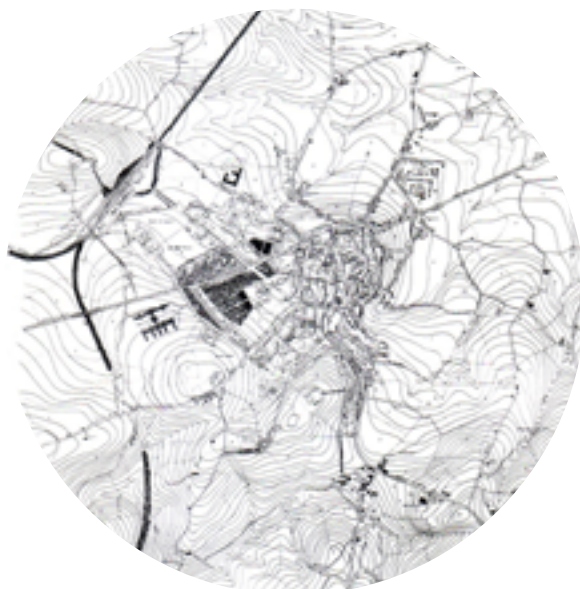
Ahora estamos sentados en el patio de su casa de las sierras, mi hermano y yo.

Es un domingo cualquiera, un domingo cálido que anuncia la cercanía del verano. Hace un rato que mi padre, la mujer de mi hermano y su hijo duermen la siesta adentro. Pero nosotros nos quedamos acá, bajo los árboles, mirando las montañas y oyendo el rumor de un arroyo que pasa cerca. Disfrutando de la tranquilidad. No hemos dicho una palabra en veinte minutos.

Miro a mi hermano. Él me mira.

¿Quién sos?, tendría que preguntarle. ¿Qué sos?

Pero prefiero no saberlo. Después de todo, es mi familia.



## Recomendaciones de Sergio Strejilevich

---

### **“Galapagos”, Kurt Vonnegut**

Nadie que se precie de tener más de 100 de IQ, tener sentido del humor, ser sensible y ubicarse en el lado amable de la humanidad puede prescindir de Vonnegut. Esta es una de sus mejores. Pueden seguir por cualquiera.

### **“Saturday”, Ian MacEwan**

Genialmente escrita, pone en escena muchas de las discusiones que solemos tener en la salud mental, solo que con honestidad e inteligencia. El escritor pasó un año junto a un neurocirujano para “meterse en la piel” del protagonista. Si gustan, seguir por “Solar”.

### **“Autobiografía”, Charles Darwin**

Escrita solo porque él comprende que ha hecho el descubrimiento más revolucionario de la historia humana y alguien puede estar interesado en ver cómo era quien lo hizo. Es corta, genial y sobre todo una lección para cualquiera que pretenda estar vinculado a la ciencia. Seguir por “El viaje del Beagle” (diario de una naturalista). Una de las mejores maneras de entender, no solo el nacimiento de la biología sino también el parto distócico de nuestra nación.

**“Una mirada en la oscuridad”, Philip K Dick**

Una novela dedicada a los amigos perdidos en los 70's por las drogas de parte del más genial escritor de la ciencia ficción y uno de los más grandes de la literatura. Sigán por cualquiera (yo lo haría por “Ubik”), háganse adictos.

**“La montaña mágica”, Thomas Mann**

Solo para unas largas vacaciones, pero imprescindible para entender la medicina y el humanismo. Si no aguantan, algo de Jane Austin está OK.



Recomendaciones de  
Tomasa San Miguel

---

**El corazón helado**, Almudena Grandes

**El mar que nos trajo**, Griselda Gambaro

**La escritura o la vida**, Jorge Semprún

**La elegancia del erizo**, Muriel Barbery

**Losonautas de la cosmopista**, Julio Cortázar y  
Carol Dunlop

**Dormir al sol**, Bioy Casares

**Las pequeñas memorias**, José Saramago...

# Las aventuras de la señora Ema

---

Federico Falco

(General Cabrera, Córdoba, 1977)

Cuento publicado en La hora de los monos  
(Emecé, 2010)

---

**Uno: presentación de la señora Ema.** La señora Ema es dada a los pensamientos. Piensa, por ejemplo, que sin saber muy bien cómo, se ha vuelto una vieja. Mientras tanto Marilén, la chica de la limpieza, saca las copas de cristal de la estantería más alta y las repasa. Me imaginaba la vejez como una zona de mucha libertad, piensa la señora Ema. Mis obligaciones ya estarían cumplidas, sería hora de descansar, dice. Y, sin embargo, no es así. La vejez es sólo perderse en pasillos y vericuetos cada vez más oscuros.

La señora Ema tiene un talante levemente poético y es usual que sus pensamientos se tiñan de metáforas y comparaciones. Pero pronto lo olvida y encarga a Marilén que termine rápido con esas copas, porque también hay que limpiar el balcón.

La señora Ema vive frente al parque, en un piso muy alto. Es viuda y madre de dos hijos a los que sólo ve los fines de



semana. Tiene un nieto, pero no se lleva para nada bien con él. La última vez que vino de visita podría jurar que le robó dinero. Eran cincuenta dólares escondidos en una cartuchera vieja, en el primer cajón del escritorio. Ahora ya no están más.

En el parque, justo al frente del edificio de la señora Ema, se encuentra el Jardín Zoológico. La señora Ema no fue nunca, pero a la tardecita se instala en el balcón y mira los tigres de Bengala que pasean dentro de su jaula. Son dos, una pareja. Algún amanecer que la encontró desvelada, la señora Ema vio al cuidador arrojar grandes trozos de carne a los tigres. Y vio a los tigres devorársela.

Marilén va tres veces por semana a limpiar el departamento. La señora Ema odia no hacer nada mientras Marilén trabaja. Da algunas órdenes, controla y cuando advierte que está comenzando a exigir de más, se busca una labor. La señora Ema aprovecha las tardes en que Marilén limpia su casa para acomodar las facturas de teléfono, o para embalar la ropa de verano y ventilar la de invierno, o para tirar papeles viejos. Cuando ya todo está hecho, deja a Marilén a cargo y sale a tomar el te con amigas. A Marilén le dice que se va al centro, a pagar cuentas. De tanto en tanto, la señora Ema se encierra en su dormitorio a leer novelas románticas. Antes le aclara a Marilén que tiene una fuerte migraña o que volvió el lumbago y que, por favor, no la moleste.

**Dos: el enigma de los tigres.** El martes en que Marilén repasaba las copas de cristal, la señora Ema salió al balcón a controlar el estado de los vidrios y, sin advertirlo, dirigió su mirada a la jaula de los tigres. En el cielo se mezclaban los primeros naranjas con el celeste puro de la tarde que llegaba a su fin y, en la jaula de los tigres, tres hombres rodeaban a la hembra estirada sobre el cemento. La señora Ema se asustó y pensó que estaba muerta. Una pequeña grúa entró al receptáculo de los tigres, cargó a la hembra y se la llevó. La jaula

quedó vacía. Al tigre no se lo veía por ninguna parte. El pesar y la angustia se apoderaron de la señora Ema. De pronto, estaba por largarse a llorar. Debía averiguar lo sucedido. Buscó un gran sombrero de paja, le dijo a Marilén que tenía que salir de urgencia y se encaminó al zoológico.

El muchacho de la puerta ignoraba cualquier cosa sobre la salud de los tigres, así que la señora Ema pagó su entrada e intentó averiguarlo por sí misma. Lo primero que vio junto al sendero fue una jaula cilíndrica, angosta y alta. Estaba construida con barrotes de hierro y recubierta de alambre tejido. Ningún cartel decía qué especie la habitaba y parecía desierta. Sin embargo, recostadas en el piso, había dos ratitas blancas de laboratorio y una naranja partida a la mitad. Las ratitas no estaban muertas sino atontadas. Una movía la pata, la otra hacía eses con su cola. La señora Ema alzó la mirada hacia el techo, segura de que algún ave rapaz la escudriñaba desde allí, pero no pudo distinguir ningún movimiento. Abandonó la jaula y siguió por el sendero. Enseguida, un ruido brusco y un chillido la hicieron volver sobre sus pasos. En el piso de la jaula quedaba una ratita sola. Las eses que formaba con la cola eran tan veloces como el ir y venir de sus pupilas asustadas. La señora Ema volvió a mirar hacia lo alto del techo.

En el interior del cono de chapas la oscuridad se había hecho más densa, más compacta e impenetrable.

**Tres: un par de tortugas prófugas.** Los senderos del zoológico corrían por lo hondo de un cañadón. Las plantas de yucas y los espinillos colgaban de la pendiente y pendulaban en el viento. El polvo volvía marrones los yuyos del borde del camino. De tanto en tanto, a un costado u otro aparecía alguna jaula o surgía un sendero estrecho que conducía a la base de las barrancas donde estaban los pumas y un oso tibetano. Más adelante apareció la pileta de los lobos marinos. Había dos. El más viejo dormía sobre la costa de rocas falsas; el más joven nadaba en el agua turbia. Un cartel advertía a los visitantes que

el olor era causado por el alimento de los lobos marinos. También decía que renovaban el agua una vez por semana y que sus estados de pH se analizaban a diario. Lo firmaba el director. Más allá, un par de flamencos apenas rosados custodiaban a una cebra que se espantaba las moscas con la cola.

A la vuelta de una curva, la señora Ema se encontró con dos tortugas de agua cruzando el camino de gravilla. Iban una junto a la otra, zangoloteándose muy rápido. Tan rápido que la señora Ema se asombró. Nunca hubiera pensado que podrían desplazarse a esa velocidad. Las tortugas se sumergieron en una acequia que corría hacia la laguna de los patos y desaparecieron. La señora Ema se preocupó: las tortugas seguramente se habían fugado de alguna jaula y ahora harían estragos entre los patitos recién nacidos, porque las tortugas de agua son carnívoras, lo habían dicho en un documental, por la televisión.

**Cuatro: el nombre de Duilio.** Hasta el momento, la señora Ema no había visto ningún ser humano. El zoológico estaba desierto y las barrancas lo protegían del ruido de la ciudad. En el silencio se oían los loros y las cotorras, el croar de algún sapo y, un poco más lejos, los gruñidos de un felino inmenso, tal vez un león, o un yagüareté, o una pantera. Justo antes de que la quebrada se abriera para dar lugar a una gran explanada con un kiosco bar, sombrillas y sillas de plástico, la señora Ema encontró a uno de los cuidadores. Llevaba un balde de maíz molido en la mano, botas de goma, pantalones Ombú y una musculosa blanca con el logo de una pinturería. La señora Ema le preguntó qué había pasado con los tigres y el hombre le dijo que no podía darle esa información. Se sacó un cigarrillo de detrás de la oreja y lo llevó a su boca.

¿Tiene fuego?, le preguntó a la señora Ema.

La señora Ema no llevaba consigo ni fósforos ni encendedores, así que el hombre volvió a guardar su cigarrillo y se alejó. La señora Ema lo miró tirar maíz molido a las jaulas de los faisanes y las perdices y pensó que los ojos del hombre transmitían lástima frente a las aves encerradas, frente a todos

aquellos animales aburridos y condenados que para seguir viviendo dependían de su esfuerzo cotidiano y de sus puñados de maíz. En ese momento le hubiera gustado tener una caja de fósforos en el bolsillo.

Un barrendero del zoológico subía empujando su carro y se detuvo junto al cuidador. Lo saludó y la señora Ema pudo oír su nombre: se llamaba Duilio. Algo en ella cimbró al escuchar ese nombre. Algo que hacía años estaba dormido y que la señora Ema no llegó a descifrar por completo.

Duilio es un buen nombre, tiene la dignidad del carcelero de las bestias hermosas, de los animales salvajes, se dijo a sí misma y siguió su camino.

**Cinco: episodio con papiones.** La señora Ema pasó mucho tiempo sentada frente a la jaula de los papiones. Miraba al viejo macho de cola pelada ir y venir alrededor de los barrotes de hierro. La hembra, más pequeña y joven, se sacaba las pulgas en lo alto de una rama. La señora Ema los miraba y pensaba en sus cosas. Por un momento se había olvidado de los tigres. Cuando el papión se cansó de caminar, se acercó a la orilla y pasó su mano extendida por entre los barrotes. El pelaje gris disminuía en la muñeca y la palma abierta era pura piel rosada, con las líneas y los nacimientos de los dedos bien marcados, casi como una palma humana pero diminuta. Tenía las uñas redondas, iguales a las uñas de cualquier hombre aunque de color negro. El papión pedía tutucas. Estaba acostumbrado a que los visitantes se las tiraran, pero la señora Ema no tenía. Enmarcada de pelos hirsutos, la cara del papión parecía una de esas caras con las que los científicos ilustran la cadena evolutiva. Es más que un simio, pensó la señora Ema, sin darse cuenta de que eso también lo había escuchado en la televisión. Gran parte de la similitud entre la señora Ema y el papión descansaba en la piel de las manos del animal, aunque también estaban la nariz ahusada, las mejillas curtidas, las cejas y, sobre todo, los ojos. Unos ojos sensibles, inteligentes, marrones, con

el globo ocular muy blanco.

Los ojos del papión se posaron en la señora Ema y recorrieron sus hombros, su busto, la cintura. La señora Ema se puso colorada pero no se amilanó: durante un instante miró al papión directo a los ojos y se sintió desnuda y temblorosa y sintió también la furia, la desazón y la pena en el fondo de las pupilas del animal. Pero fue sólo un instante, él enseguida bajó la vista, avergonzado. Después, la hembra advirtió lo que pasaba, chilló desde su palo y bajó alocada a interponerse entre el papión y la señora Ema. Él la apartó de un manotazo, pero la hembra insistió, se le subió al lomo y le mordió las orejas. Se perdieron los dos, entonces, en el interior de la jaula. La hembra corriendo delante y el viejo papión persiguiéndola hacia la habitación de ladrillos que los protegía de las miradas.

**Seis: el comienzo de la aventura.** Se acercó el cuidador llamado Duilio. Llevaba en sus manos un cajón de plástico lleno de frutas y se metió dentro de la jaula del chimpancé. El chimpancé se columpiaba en una cubierta de auto colgada del techo y no se movió. Duilio barrió los restos de comida y heces, llevó una manguera y limpió el piso con agua. La señora Ema lo contemplaba, parada frente a la jaula. Cuando Duilio terminó de baldear, descargó el cajón de frutas en una batea. El chimpancé se deslizó por una sogá y fue a investigar. Duilio salió de la jaula, cerró la puerta y le puso candado. Después, con disimulo, se acercó a la señora Ema y le susurró al oído:

Los tigres están en el depósito. La hembra se clavó una espina en la pata y hubo que doparla para hacer las curaciones. Al macho lo dormimos también porque solo se pone muy nervioso. ¿Quiere verlos?

¿Se puede?, preguntó la señora Ema.

Nada es gratis en esta vida, dijo Duilio. ¿Está dispuesta a pagar?

La señora Ema lo pensó un instante

Sí, estoy dispuesta, dijo al final.

Ya casi no había sol. A la sombra de los eucaliptos se podía palpar el fresco de la noche. En los edificios frente al zoológico se prendieron las luces de un par de ventanas. Duilio le explicó a la señora Ema que había que hacerlo todo con gran sigilo. El director del zoológico era muy estricto con el personal y si lo veía hablando con un visitante podría castigarlo. Mucho más si se enteraba de la visita a los tigres. La señora Ema no supo qué contestar. Duilio aferró su mano y la arrastró tras de sí. Su pulso era firme y seguro. Subieron a una pequeña montaña, bajaron y se toparon con una construcción de paredes desteñidas. A un costado, a ras del suelo, había una puerta baja, de chapa, pintada de negro. Duilio la abrió.

Métase por acá, dijo. No tenga miedo. En un rato cierra el zoológico y el público debe retirarse. A partir de ahí, será sólo para nosotros.

Para pasar por la puerta la señora Ema tuvo que caminar en cuclillas. Ni bien entró, Duilio trabó el pasador. La señora Ema estaba en la parte trasera de una jaula. Un tabique ocultaba a los visitantes la entrada y proporcionaba intimidación al animal. La señora Ema se asustó muchísimo. ¿En la jaula de qué animal la habían encerrado?

Enseguida apareció Duilio, por afuera. La señora Ema pudo ver sus piernas tras los barrotes.

Duilio, ¿es esto seguro? ¿dónde me ha metido?, preguntó. Duilio se rió.

No tenga miedo, dijo, es la jaula del perezoso y a esta hora duerme. Escóndase detrás del tabique. Más atrás, se le ve un zapato y la punta del sombrero.

Entonces la señora Ema recordó que llevaba puesto su sombrero de paja. Se lo quitó de un manotazo y se encogió contra la pared. ¡Un perezoso! No conocía a ese animal. ¿Corría peligro allí encerrada? Por lo pronto, no se escuchaban ruidos y la jaula parecía vacía.

A propósito, susurró Duilio desde afuera, ¿cómo sabe mi nombre?

Escuché cuando lo saludaba el barrendero, contestó la señora Ema.

Bueno, está bien, yo soy Duilio, dijo. Y usted ¿cómo se llama?

Ema, contestó por lo bajo la señora Ema. Yo soy la señora Ema.

En ese preciso momento algo se movió dentro de la jaula. La señora Ema se asomó por un costado del tabique. La jaula tenía una gran rama muerta en el centro y desde allí descendía una masa oscura.

Escóndase, señora Ema, escóndase, suplicó Duilio. Si alguien la ve, a mí me echan. Con tanto ruido el perezoso se ha despertado pero es un bicho muy tranquilo, no tenga miedo. Ahora me voy. Ni bien cierre regreso a buscarla y le muestro los tigres.

Y la señora Ema se quedó sola allí, escondida detrás del tabique, dentro de una jaula del jardín zoológico y a merced de un animal desconocido.

¡Quién me manda!, exclamó para sí misma.

**Siete: un abrazo materno.** El bulto gris y negro descendía por la rama. Unas uñas largas se clavaron en la madera seca, dieron un salto y llegaron al suelo. Frente a la señora Ema, en la otra esquina de la jaula, había una batea con agua y manzanas cortadas en cuartos. El bulto avanzó hacia allí.

Duilio, Duilio, qué me has hecho, lloriqueó la señora Ema.

El perezoso la escuchó, cambió el rumbo y se dirigió al hueco del tabique. La señora Ema se hizo un bollo contra la pared y se tapó los ojos, pero espió por entre los dedos. Vio una cabeza gris, un lomo peludo y dos brazos largos que se arrastraban por el piso. El perezoso caminaba despacio, balanceándose. Las manos terminaban en garras negras y filosas. Era un animal digno y triste como una tortuga sin caparazón. A la señora Ema le dio lástima, pero eso ni hizo que dejara de temerle. Entonces el perezoso le echó los brazos al cuello y se

colgó sobre su pecho. La señora Ema estuvo a punto de gritar. El perezoso apoyó la cara en su hombro y se durmió. Sólo en ese momento la señora Ema comprendió que el perezoso era inofensivo y el alma le volvió al cuerpo.

Frente a la jaula pasó una mujer con sus dos hijos. La señora Ema escondió la cara en el pelaje del perezoso y lo abrazó fuerte. Uno de los niños se detuvo para ver dónde estaba el animal anunciado en la placa, pero enseguida desistió y se perdieron rumbo a la salida. Escondida tras el tabique, conteniendo la respiración, la señora Ema los escuchó alejarse. El perezoso dormía, su aliento era suave y cálido. En la puerta del zoológico, los empleados se despedían con hasta mañanas y buenas noches. Después, se hizo un silencio completo. Después, regresó Duilio.

Señora Ema, señora Ema, llamó entre las rejas.

Shhhh, lo calló la señora Ema, nuestro amigo duerme.

Duilio abrió la puerta de lata y, con mucho cuidado, la señora Ema depositó al perezoso sobre el piso de cemento. El animalito se hizo un ovillo sobre sí mismo. No se despertó. Duilio ayudó a la señora Ema a salir de la jaula.

**Ocho: paseo con elefante.** Caminaron por el zoológico desierto, uno junto al otro, sin hablar. La señora Ema un poco más lenta. De tanto en tanto Duilio se detenía para esperarla. Rodearon el estanque lleno de patos y pasaron frente al elefante, parado en el centro de la gran explanada, bamboleándose hacia un lado. Duilio lo señaló con el dedo.

Era de un circo, dijo. Lo confiscó la policía porque no tenía los papeles en regla. Como nuestro viejo elefante se había muerto, lo mandaron para acá. Sabe hacer piruetas, si quiere le muestro.

La señora Ema dijo que sí, que quería.

Son diez pesos, dijo Duilio. Por menos de diez pesos el elefante no se mueve.

La señora Ema lo pensó un instante, buscó en su bolso y



le extendió un billete. Duilio lo tomó, se lo guardó en el bolsillo del pantalón, saltó el tapial y se detuvo frente al elefante.

¡Arriba!, le gritó mientras alzaba las manos.

El elefante se paró sobre sus dos patas traseras. Parecía un perrito gigante esperando una galleta.

Saluda a la señora Ema, ordenó Duilio.

El elefante alzó la trompa, la extendió y bramó bien fuerte.

Bien, muy bien, buen muchacho, exclamó Duilio y le dio una palmada. El elefante bajó la trompa y volvió a pararse en cuatro patas. Duilio corrió hasta el refugio y le trajo como premio un gran puñado de pasto seco.

Ya era de noche. Las luces de la vía blanca de tanto en tanto sobrepasaban los árboles y las barrancas e iluminaban algún sector de zoológico. Murciélagos salvajes volaban entre los corrales y las jaulas. En sus cubos de cristal, las serpientes comenzaban a desenrollarse y a oler con sus lenguas húmedas el aire alrededor.

¿Cómo se llama?, preguntó la señora Ema.

¿Quién?

El elefante.

No tiene nombre. Se llama Elefante, nada más, contestó Duilio.

¿Falta mucho para llegar donde están los tigres?, preguntó la señora Ema.

Es aquí cerca, dijo Duilio.

Estoy cansada, dijo la señora Ema.

Duilio no contestó.

**Nueve: el encuentro con los tigres.** El depósito de los empleados del zoológico estaba detrás de la casa de los leones. Duilio prendió una bombilla. Era una habitación grande, sin ventanas, con un gran portón corredizo de chapa acanalada. Había fardos y bolsas de granos y una cámara frigorífica donde guardaban las medias reses para alimentar a los animales.

Había algunos roperos, bancos, sillas amontonadas cubiertas de polvo, un carrito de pochoclo destartado al que le faltaba una rueda y, en una esquina, cientos de palas, rastrillos, azadas, escobas e implementos para el jardín.

El centro de la habitación lo ocupaba un acoplado sobre el que descansaban dos jaulas estrechas. En una dormía el tigre de Bengala. En la otra dormía la hembra, también anestesiada. Tenía una de las patas envuelta en vendas.

Ahí los tiene, dijo Duilio.

La señora Ema se quedó quieta frente a las jaulas. Aspiró profundamente, pero la emoción hizo que el aire se atravesara en su garganta y le pareció que ya nunca más iba a salir. Se llevó una mano al corazón.

¿Le gustan?, preguntó Duilio.

La señora Ema hizo que sí con la cabeza y el aire escapó en un suspiro.

Son bellísimos, dijo.

Dé la vuelta, así los ve desde este otro lado.

Sin retirar la mano de su pecho, la señora Ema giró alrededor del acoplado. Las respiraciones acompasadas del tigre y la tigresa dormidos llenaban el galpón. Los zapatos con suela de goma de la señora Ema no hicieron ningún ruido al caminar sobre el polvo del piso. Duilio carraspeó y escupió hacia afuera.

¡Shhh!, exclamó la señora Ema. ¡Los va a despertar!

¿A quién? ¿A éstos? Éstos hasta mañana no se enteran de nada, dijo Duilio y metió un brazo por entre los barrotes, subió los belfos del tigre y lo tomó por uno de sus colmillos.

Le va a arrancar la mano, pensó la señora Ema. Ahora el tigre se va a despertar, va pegarle un zarpazo y le va a arrancar la mano. Duilio hizo como si quisiera aflojar el colmillo. La cabeza del tigre se movió sin oponer resistencia.

Déjelo, no sea molesto, dijo la señora Ema.

¿Quiere tocarlos?, preguntó Duilio.

Me da miedo. Con verlos así de cerca a mí ya me alcanza.

Venga, tóquelos, dijo Duilio.

¿Se puede?

Sí, claro.

La señora Ema extendió con cuidado la mano y la posó sobre el lomo del tigre. Un escozor le recorrió la espalda. Es bello, pensó la señora Ema, es bello y oscuro y fuerte y de un solo bocado podría engullirme. Y la señora Ema ya no pudo pensar nada más. El tigre la absorbió por completo. Estuvo así un buen rato, con su mano jugueteando entre las rayas del pelaje. Sus dedos recorrían la piel y, al tacto, sintió las costillas que se inflaban y desinflaban. A la señora Ema le pareció que el tigre ronroneaba al recibir sus caricias.

Duillo controló las vendas en la pata de la tigresa y se aseguró de que en las jaulas hubiera agua para cuando los animales despertaran.

¿Suficiente?, preguntó. Ya es la hora, tenemos que irnos.

Sí, sí, suficiente, dijo la señora Ema y sacó su brazo de entre los barrotes, separándose del tigre. Sí, sí, suficiente, dijo mientras se volvía y le daba la espalda a los dos animales dormidos.

Detrás de ella, Duilio apagó la luz. En la oscuridad la señora Ema creyó percibir un aliento espeso alrededor de su cuello. Pensó en el tigre, saltando. Se volvió y sólo encontró la cara de Duilio, que dijo:

Ya vio a los tigres, son cincuenta pesos, veinticinco por cada uno.

La señora Ema buscó en su cartera y le pagó.

**Diez: las marcas del viaje.** Caminaban entre jaulas solitarias y animales dormidos. Duilio conducía a la señora Ema hacia la salida de servicio, la orientaba en la oscuridad, le advertía sobre raíces o escalones con los que podía tropezar. Justo antes de llegar, la señora Ema comenzó a rascarse. Sentía un fuerte ardor. Le picaba el brazo y la axila y el cuello y el pecho. Duilio le preguntó qué le pasaba. La señora Ema se lo explicó.

Ya estaban cerca de la verja y Duilio la arrastró hacia una

zona de luz. Un foco de la vía blanca formaba un cono brillante e iluminado en los confines del jardín zoológico.

A ver, muéstreme, dijo Duilio.

Avergonzada, la señora Ema se abrió el escote de la camisa. Duilio la observó muy de cerca.

La han picado las pulgas, concluyó. Las pulgas del tigre.

¿Cómo sabe que son pulgas? Tal vez sea alergia, dijo la señora Ema.

Usted no es alérgica a los tigres. Aunque nunca en su vida haya estado con uno, se le nota en la cara que no es alérgica a los tigres. Además, mire. La pulga del tigre pica tres veces y muere. Y las tres veces que pica, pica muy junto. ¿Ve?

Duilio señaló tres manchitas rojas sobre la piel blanca del cuello de la señora Ema.

La pulga del tigre pica igual que las tres Marías. Tres veces y en línea, es fácil reconocerlo, dijo Duilio y la señora Ema tuvo que aceptar que era verdad.

El tigre le había contagiado las pulgas.

Dese un buen baño y pásese jabón Espadol por las picaduras, con eso va a mejorar, dijo Duilio y abrió la puerta y dejó a la señora Ema salir del zoológico. Estaban en medio del parque. A un costado, en un monte de chañarcitos, tres o cuatro parejas se besaban sobre los bancos.

Bien, aquí nos separamos, dijo Duilio. Ha sido un gusto, y ya sabe, cuando quiera otra visita especial no tiene más que buscarme.

La señora Ema estrechó la mano de Duilio, dio media vuelta y comenzó a caminar.

**Once y final: el regreso a casa.** El pasto suave, recién cortado, le mojaba los pies. Estaba fresco. Las hojas de los árboles dejaban y no dejaban pasar la luz de la calle y moteaban el césped. Por un momento, la señora Ema no supo muy bien en qué parte del parque se encontraba, pero no tardó en ubicarse. Descendió por una loma, se sentó en un banco. Calle abajo pasó una ambulancia con la sirena puesta. La señora Ema le-

vantó la vista, contó los pisos y miró los vidrios de su balcón. Brillaban en la noche, reflejando la ciudad iluminada. Marilén los había pulido a la perfección. La señora Ema sonrió. No había nada mejor que un trabajo bien hecho. Se masajeó un poco las rodillas, se incorporó y cruzó la calle. El guardia de seguridad le abrió la puerta. Mientras llegaba el ascensor charlaron un minuto sobre la próxima reunión de consorcio.

Después la señora Ema entró en su casa, se desnudó, se dio un baño y se pasó desinfectante por las picaduras. Comió una fruta y se acostó. Sólo entonces, quieta en su cama y con los ojos cerrados, pensó en el olor de la piel del tigre, en los ojos del viejo papión. Recordó el sombrero de paja. Lo había olvidado en la jaula de perezoso.

Mañana vuelvo a buscarlo, se dijo a sí misma antes de dormirse.

Mañana paso por el banco, saco más plata y vuelvo a buscarlo, dijo y se durmió.



Recomendaciones de  
Alejandra Eidelberg

---

---

Para quienes apuestan en su práctica a la eficacia de la palabra, me atrevo a recomendar cinco libros en los que, más allá de géneros y temáticas diversas, la cuestión del trabajo mismo con la lengua está en juego.

**Graciela Perosio, Brechas del muro,**

Buenos Aires, Libros de Tierra Firme, 1986

La autora es poeta; es decir: crea fisuras en el muro del lenguaje e invita a espiar a través de ellas, porque, dice: “si no me acompañan cuando yo me suelto quién sabrá la risa más allá del lápiz, quién sabrá la goma donde yo me encuentro cuando en los papeles blancos del cuaderno de una vez descubran que me volví cero”.

**Yuri Herrera, Señales que precederán al fin del mundo,** Cáceres/España, Periférica, 2009

Si Fogwill dijo que Herrera escribe sobre la lengua real de los mexicanos, quizás fue porque algo se escapa permanentemente en la prosa elusiva y oblicua de su novela; prosa española, indígena y yanqui, capaz de acercar al lector a la experiencia radical de una lengua nueva, en tránsito y en riesgo, fronteriza, como los personajes que la habitan.

**Felisberto Hernández, Las hortensias y otros relatos,**  
Buenos Aires, El cuenco de plata, 2010

En cualquiera de sus relatos Felisberto demuestra ser capaz de dar, como lo señaló Cortázar, “el salto fulgurante al extrañamiento”, tanto de la realidad como de la lengua con que la aborda. Su escritura logra así un efecto de virtuosa perversión y resulta encantadora en su medio-decir, especialmente cuando intenta cernir lo femenino.

**Julio Schvartzman, Letras gauchas,**  
Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013.

En esta rigurosa investigación sobre la gauchesca, el lector podrá encontrar las intromisiones inesperadas de la letra escrita ahí donde solo se esperaba, recreada, la oralidad del gaucho iletrado. El género revela así su potencia poética vanguardista: los equívocos (en su ineludible referencia a la escritura) devienen intervenciones políticas.

**Mario Ortiz, Cuadernos de lengua y literatura, volúmenes V, VI y VII,**  
Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013

El lector que crea acceder a un manual escolar clásico se llevará un chasco, ya que será irremediablemente arrastrado a un proceso que bien podría llamarse de “desalfabetización”. Las letras del alfabeto recuperadas por este escritor inclasificable se articulan en un modo de hacer literatura que, por ser tan lúdico, es también tan lúcido.

Recomendaciones de  
Julio Moscón

---

---

**Enrique Vila Matas:**  
**“Bartleby y compañía”.**  
(De paso, releer “Bartleby”, de Herman Melville)

**Antonio Tabucchi:**  
**“Pequeños equívocos sin importancia”.**

**Philip Roth:**  
**“La humillación”.**

**Flannery O’Connor:**  
**“Cuentos completos”.**

**Leonardo Padura:**  
**“El hombre que amaba a los perros”.**



# Con todo en juego

---

Ariel Pichersky

(Buenos Aires, 1989)

Cuento publicado en *El corto verano de los hombres*  
(Milena Caserola/ 8vo loco, 2013)

---

En el puerto de Mar del Plata amanece, pero las nubes cubren el cielo y todo es azul para los pescadores que, activos ya a esa hora, deben echar un buen trago de ginebra para mirar el mar, las pasarelas, los bulones herrumbrados, oír el graznido de los pájaros costeros, olvidar el olor a pescado que impregna las maderas y sentir, al rascarse, las grietas en la piel por el hábito de exponerse cada día al viento y la espuma de mar, y también gracias a ese golpe ciego del alcohol en la garganta es que los pescadores creen ver una fila de lomos negros que se acercan desde el horizonte y anuncian así la temporada de avistaje de ballenas, aunque Mar del Plata no es su hábitat natural, esta no es su época de reproducción y aunque jamás se haya oído, a pesar de la cantidad de cosas que se oyen en los muelles de pescadores, acerca de una manada de cetáceos que llegara a cubrir todo el campo visual que ofrece la costa como

sucede ahora, que cada uno de los viejos pescadores cree, en secreto, que un trago de ginebra no puede originar esa visión, por lo que, pasado el primer instante de sorpresa, un murmullo recorre la pasarela y muy pronto, de una punta a la otra del muelle, todos han ganado la inquietante certeza de que este es un día especial, pero una hora y media más tarde ya se sabe que no se trata de ballenas sino de una inmensa flota de submarinos que avanza rumbo a la costa, aunque todavía ningún hombre de a pie siquiera sospeche que cada uno de esos buques está tripulado por un pequeño mando militar y un centenar de sujetos reclutados de cuantos puntos de la Tierra pueda imaginarse, hombres indisciplinados, agresivos, olorosos, ya con el torso desnudo, ya vestidos con ropas de colores, en una variedad arbitraria que, a la vez, dota al conjunto de cierta uniformidad, reflejada en el tono común de sus cánticos guerreros, gangosos quejidos que, como en un choque entre tribus rivales de distinta lengua, valen más por su amenazante cadencia que por el significado de sus palabras, cánticos que pisotearán las buenas intenciones del esperanto y darán potencia a una voz universal pero incomprensible tan pronto como los submarinos, sus vibraciones que espantaran toda la pesca de la mañana, atraquen en la costa marplatense y, a los ojos de los pescadores, que no podrán más que presenciar, azorados, el acontecimiento, desplieguen sobre la arena pequeñas multitudes de barras bravas, hooligans y vándalos deportivos con otras denominaciones, designados por los clubes, si no más importantes del mundo, al menos sí más propensos al arraigo pasional de sus seguidores, quienes, orgullosos, aguardarán en sus casas, frente a sus televisores, el momento en que sus compatriotas entren en acción o, al menos, sean tomados por la cámara de alguna cadena internacional a cargo de la cobertura de esta operación sin precedentes en la historia deportivo-militar de la humanidad, cuya fase actual consiste en el trasbordo de las tropas desde los submarinos llegados a la playa hasta unos micros escolares dispuestos a lo largo de la rambla marplatense para luego, una vez que todos tomen posición y aso-

men sus cuerpos y característicos estandartes por las ventanillas, dirigirse en tumultuosa caravana hacia la ciudad de Buenos Aires, pues allí es donde en verdad ocurrirá lo que deba ocurrir, porque ese fue el lugar propuesto por la ONU y aceptado por la mesa de negociaciones para llevar a cabo el partido que definirá en manos de quién quedará la soberanía de la Tierra, si aún será patrimonio de los humanos o si, a partir de mañana, se convertirá en un anexo del planeta Marte por obra de las justas reglas del fútbol, disciplina que, ante el desconocimiento del estado del desarrollo armamentístico marciano, fuera seleccionada en forma preventiva para resolver la cuestión galáctico-colonial, dado el rechazo terrestre a la iniciativa marciana de dirimir el asunto en una competencia de lanzamiento de vacas, deporte típico del planeta rojo, a causa de la inexperiencia terrestre en la materia y de los diferentes sistemas de medidas usados en un planeta y otro, que habrían suscitado otra discusión a resolver, y para qué tanto desgaste energético-diplomático si los marcianos practican el fútbol terrestre desde 1966, año en que lograron interceptar las transmisiones deportivas de nuestro planeta y comenzar, así, el estudio sistemático de nuestra cultura, lo que derivaría en el proyecto de conquista cuyo éxito o fracaso se definirá hoy en la ciudad de Buenos Aires, elegida entre todas las ciudades del mundo por poseer un estadio apropiado para un acontecimiento de estas características y, por sobre todas las cosas, por su valor estratégico al estar circunvalada por la Avenida General Paz, en la cual se han plantado explosivos para, llegado el caso de una derrota, hacer de la Capital argentina una isla propulsada hacia el centro del océano Atlántico que alojará a las autoridades máximas de ambos planetas, medida que permitirá ganar unas horas para poner en práctica un plan B y que fuera aprobada por unanimidad en la Asamblea de Naciones Unidas y sólo resistida, en Argentina, por tres tímidos votos en el fondo del Honorable Senado de la Nación, cuyos representantes se encuentran alertas, como el resto de la Humanidad en estos momentos, frente a algún aparato de teledifusión o repetición de

ondas de radio de cualquier naturaleza, ya que, por primera vez en la historia, se han calibrado todas las antenas y emisoras de señales electromagnéticas para que todo el mundo pueda presenciar, por decirlo así, lo que ocurre en la ciudad de Buenos Aires aunque sólo se disponga, para ello, de una lata de arvejas vacía, y si no se tiene ni eso, queda tiempo para buscar algún clavo, una chapa o similar, porque el relato del encuentro será por la tarde y ahora, si hay algo digno de mención, es que un convoy anaranjado de dimensiones apocalípticas avanza por la autopista Buenos Aires-La Plata en dirección La Plata-Buenos Aires, y a su paso se unen otros vehículos alistados de hecho en verdaderas brigadas internacionales bajo una intimidante consigna de defectuosa pronunciación, traducida de manera incierta pero indudablemente efectiva a lo largo de los kilómetros que van del último al primer paragolpes cromado de la formación, a la que, en su zona intermedia, acaban de unirse simpatizantes de Arsenal de Sarandí, ahora que la cabecera cruza el empalme con la autopista 25 de Mayo para, en instantes, acelerarse por efecto de la bajada que la depositará en la avenida 9 de Julio junto con, neumático tras neumático, la fila completa de ómnibus escolares que se desplegará sobre la avenida más ancha del mundo con el paso inclemente y determinado hasta el suicidio de las víboras negras de los juegos electrónicos en los que una línea de cuadraditos se hace cada vez más extensa y difícil de controlar, pero así, a medida que crece el desafío, también lo hace, en proporción, el puntaje que se obtiene, y qué es eso sino el resultado de traducir al lenguaje lúdico-numérico la medida del triunfo y, por qué no, la valentía, valores que empujan a este ejército que ahora, en la ciudad, forma un anaranjado muro oriental al ocupar, escoltado por cascos azules, los catorce carriles de la avenida que, poética de la historia, lleva por nombre una cifra de la independencia, sutileza en la que sólo repara cierto relator en quizá la última previa de una transmisión tal como las que conocemos, pues hacia adelante todo se sume en una humareda de incertidumbre, acaso más densa que cualquiera que hasta aho-

ra haya ocultado el futuro, y por eso hacia adelante van las tropas de inadaptados sociales, entrañable carne de cañón, que en adelgazada formación escala la pendiente de la autopista Arturo Illia sin saber ni preocuparse por saber que, a pocos kilómetros, simétricas fuerzas de choque bélico-marcianas preparan una emboscada sobre los puestos de peaje, y sin saber, tampoco, que en el estadio comienzan las formalidades previas que intentan disipar la tensión planetaria de cara al partido que lo definirá todo, para lo que se ha solicitado a cada parte que designase una delegación musical encargada de interpretar un himno representativo, lo cual, tras el laberinto de los lobbies discográficos, derivó en lo que, ya con todo jugado sobre la mesa, se oye en este momento, es decir, una versión refrita y con ciertas adaptaciones al caso de We Are the World, cuya melodía idiotizante garantiza conmover al público terrestre y tiene altas probabilidades de hacer estallar el cerebro de los alienígenas, lo que constituyó el argumento más convincente para desempolvar ese tema abyecto, aún a riesgo de ser tenido hasta el fin de la eternidad como la expresión que resume el corto verano de los hombres en el Universo, y también a riesgo, concretado ya ese riesgo, de no producir efecto alguno sobre los oponentes, quienes, ilesos, ya toman su turno para interpretar lo que cualquiera diría es una versión nasal, aunque innegablemente fiel y hasta simpática del tango Mano a mano, lo que en el público local despierta extrañeza y empatía en partes iguales, así como también ideas que mañana, si es que hay mañana, los investigadores usarán para escribir una nueva biografía de Gardel, cuyas confusas circunstancias de nacimiento y muerte bien podrían explicarse con un origen marciano, pero este no es momento para eso, porque sobre la autopista Illia un joven lanza el primer proyectil, una piedra que alcanza el punto máximo de su parábola frente a las hordas extraterrestres, que aguardan el asomo de cualquier gesto de ofensa para descargar su contraataque, pero la piedra aún no cae y, desde abajo, miles de pares de ojos la siguen hasta que ven crecer por detrás de ella y del ejército marciano una gigan-

tesca nave madre que produce un eclipse de sol, signo inequívoco para todas las civilizaciones de que algo va mal, y vaya si va mal ahora que la piedra da en la cabeza de un extraterrestre y provoca, de inmediato, la primera baja del día, lo que hace surgir en la mente del autor del disparo, en otros términos, desde luego, la estadística provisoria que le daría al bando humano un cien por cien de efectividad, idea que transmite un impulso eléctrico por el sistema nervioso del joven para provocar un grito de celebración que sin embargo no llega a destino, porque más rápido es el disparo del arma láser marciana que fulmina al muchacho y lo convierte, junto con su idea, en una columna de humo, una pequeña nube que muy pronto se engrosa por efecto de otros disparos y del polvo que se levanta, a pesar del pavimento de la autopista, y de a poco la escena se convierte en una bíblica polvareda, iluminada por destellos rojos, de la que salen puños, cabezas, piernas, rayos, serpientes, arrobas y signos numerales, algo, por cierto, tan llamativo como inoportuno, porque la tensión generalizada ya no permite ningún tipo de sorpresas, y estar a la altura de los tiempos que corren significa moverse hacia adelante y avasallar lo que sea sin detenerse a pensar si existe o no, porque, a fin de cuentas, sea cual fuere la conclusión a la que se arribe, todo se va por la borda cuando un individuo, un barrio, un país, un hemisferio o un planeta le moja, como suele decirse, la oreja a otro, así que en el rostro de los combatientes no hay miedo sino furia, la espuma de los rasgos de todas las generaciones de primates que precedieron a los hombres, algo acorde a este momento definitivo en el que cada uno sabe, irreversiblemente, quién es, aunque esa verdad fundamental no se revele clara y distinta sino más bien como una fuerza que, desde las vísceras, hace avanzar, en particular, al humano plantel dentro del túnel que conduce al campo de juego, y luego de ceremoniosas reclinaciones cada uno, a la carrera, toca el césped con la yema de los dedos para impregnarse de su vitalidad y llevar así el fresco espíritu de la tierra a un hombro, a otro, al ombligo y por último a los labios, la mirada al cielo en busca de algún

guiño de esperanza que perfore la pesada densidad violácea de las nubes que cubren el estadio, mientras que lo mismo, gesto por gesto, se replica en los marcianos al otro lado de la cancha, lo que redobla el desafío para los locales, quienes ya despliegan una formación que consta de una línea de tres en el fondo, cuatro volantes y un tridente ofensivo, frente a una figura nada habitual dibujada por la disposición del conjunto visitante, en una suerte de círculo que instala cierto nerviosismo en el cuerpo técnico terrestre, porque no remite a ningún planteo táctico conocido al cual atacar en sus puntos débiles o resistir, si fuera el caso, en forma ordenada, pero el marcador luminoso ya anuncia la hora del encuentro y lo que resta es una mezcla de estrategia, improvisación y azar, porque, como suele oírse, el fútbol tiene estas cosas, y con todo en juego no hay nada para perder, por lo que los guerreros de pantalones cortos luchan en cada jugada, traban cada pelota y arremeten con fiereza contra el área rival, y más allá de lo que el partido significa, el esfuerzo de los jóvenes gladiadores humanos no basta para evitar un aburrido empate en cero al final del segundo tiempo, algo, por algún motivo, no previsto, de modo que, llegada la hora del final y sin haberse dado la contraorden esperada con ansiosa disciplina, el comando de explosivos se dispone a dinamitar la avenida General Paz y es así como muy pronto se oye, tras la sucesión de explosiones encadenadas, un quejido de hierros traccionados hasta quebrarse, y en la frontera del tercer cordón metropolitano se siente el anuncio tectónico de la separación de la masa continental de la Capital argentina con una temblorosa aceleración que crece con violenta calma geológica, pero que no tarda mucho en formar mosaicas olas que se desplazan hacia los márgenes del Río de la Plata y chocan, a un lado, contra la muralla costanera del Oeste uruguayo, y al otro, contra la nueva costa irregular del otrora Oeste del Conurbano bonaerense, cuyos habitantes, aún llenos del terror que suelen provocar las grandes masas de tierra en movimiento, ya advierten dentro de sí el luminoso alivio de ver la isla de los porteños alejarse con todos ellos, una balsa resquebrajada y

humeante sobre la que las autoridades locales aún intentan convencer a las extranjeras de que ha habido una confusión sólo atribuible a un error humano, algo que los marcianos, encolerizados, rechazan de plano entre insultos de impotencia ahora que, derribada a pedradas la nave invasora, cualquier plan de huida queda descartado y sólo resta comenzar lo antes posible a construir una nueva sociedad en conjunto con los terrícolas en lo que, tal vez, se recuerde a lo largo de los tiempos como un ejemplo de fraternidad y respeto por lo diferente, o bien, tan sólo, como una barca sin rumbo tripulada por el odio y la locura, pero en cualquier caso será difícil saber lo que pasará con aquel punto oscuro que se pierde entre los decadentes reflejos de la noche.





---

## Recomendaciones de Franco Ingrassia

---

**“El hombre de los dados”** (Luke Rhinehart, 1971) y **“La posibilidad de una isla”** (Michel Houellebecq, 2005)

Publicadas con casi tres décadas y media de diferencia, estas dos novelas, leídas en tándem, nos presentan una interesante lectura sobre el cambio de época (y de los procesos de subjetivación) del que somos contemporáneos. Mientras el protagonista del libro de Rhinehart (en realidad, George Cockcroft) es un ‘héroe aleatorio’ que decide hacer estallar en pedazos su rutinaria vida sometiendo toda decisión existencial al azar de sucesivas tiradas de dados, el deseo fundamental de Daniel, el personaje central de “La posibilidad de una isla” es la persistencia de sí, la vida eterna a la que accede mediante una técnica de clonación que implica la reproducción no sexual. Deseos de azar y ruptura en condiciones disciplinarias. Deseos de persistencia e identidad en condiciones de dispersión.

**“Cero Cero Cero”** (Roberto Saviano, 2014)

Después de “Gomorra”, su investigación sobre la mafia napolitana que, entre otros reconocimientos, lo llevó a tener que vivir con escolta permanente, el periodista Roberto Saviano publica este libro sobre el narcotráfico de cocaína. Sorprendentemente bien escrito -en un género en el que una prosa apenas correcta suele considerarse más que suficiente-, este trabajo es muy útil para dimensionar que aquellas modalidades de con-

sumo que suelen presentarse en la clínica como toxicomanías son sólo la punta de un iceberg de dimensiones mundiales que atraviesa de lleno a lo que podrá llamarse la ‘economía libidinal global’ contemporánea.

**“El cuerpo mártir”** (Rosario Bléfari, 2014)

Publicada en el marco del interesante proyecto editorial Exposición de la Actual Narrativa Rioplatense (<http://exposiciondelaactual.blogspot.com.ar/>), “El cuerpo mártir” es una nouvelle íntima y delicada, un fragmento de discurso amoroso. Además de conseguirse en papel, puede bajarse gratuitamente una versión en pdf.

**“sujeto fabulado I. notas”** (Marcelo Percia, 2014)

¿Un ensayo ficcional de más de 300 páginas que parte de la premisa de “intentar pensar hasta las últimas consecuencias sin las ideas de ser, identidad, sí mismo o psiquismo” como sugerencia de lectura de vacaciones? Creo que la propuesta sostiene su pertinencia en el tipo de escritura de Marcelo Percia: un ensamble de fragmentos que admiten itinerarios diversos, exploraciones de mayor o menor duración y que se disponen siempre a los hallazgos que resultarán diferentes para cada lector.

# Fotoquímicos

---

María M. Lobo

(Tucumán, 1977)

Cuento publicado en *Un pequeño militante del PO*  
(Pirani ediciones, 2014)

---

Aunque empezaban a caer chispas de aguanieve, decidieron ir a pie.

Annette acababa de entregarle a Darío el sobre con los análisis de sangre y él se lo había guardado en el bolsillo del *montgomery* –fracción beta negativo: Annette no estaba embarazada–.

Volvían de la facultad. Esa misma tarde se habían enterado de que ella iba ocupar el cargo más alto en la cátedra de Historia Social. Caminaron las primeras cuadras en silencio. A Darío le pareció que sí había un motivo para cenar con vino. Tenía hambre. Le preguntó a Annette si le parecía bien.

–¿Qué cosa? –dijo ella. Se la veía más flaca, aun debajo del abrigo de lana gruesa. A esa hora, y bajo la luz de los fluorescentes de la calle, se le acentuaban las ojeras del invierno.

–Cenar con vino –la animó él–. Festejar.

Lo único que dijo Annette fue que tendrían que parar en algún lugar para comprar la cena.

Después, en el supermercado, él hubiera preferido hablar del nuevo cargo de Annette. Había ganado un concurso importante para conseguirlo. Darío estaba entusiasmado. Se detuvieron en la góndola de la panadería. Siguieron hasta la de los vinos. Ella parecía cansada. Él le dijo:

—¿Para qué te hiciste un análisis? Si el test tenía una sola rayita.

—Porque cuando da negativo, no siempre está bien —dijo ella. Annette se estiró para alcanzarle una botella de vino, se encogió de hombros y le repitió de memoria, como si las hubiera leído un millón de veces, las indicaciones del prospecto: “una sola línea de color puede ser consecuencia de una baja concentración de la hormona en la orina, pero no es definitivo”. Le aseguró que diez días de falta eran un motivo más que suficiente para sospechar un embarazo.

—¿Fuiste ayer? ¿Fuiste con Maurina? —preguntó él.

—Y con Pipe y su pollito. Pipe tiene un pollito de verdad y lo lleva a todos lados, en una caja de cartón llena de agujeritos.

—Ustedes dos están locas.

Maurina era la mejor amiga de Annette, y estaba embarazada otra vez. La de Maurina con su panza incipiente era una imagen en la que Darío no podía dejar de pensar. Casi podía verlas juntas, a ella y a Annette, sentadas durante horas en la sala de espera del ginecólogo, hablando de hijos. Porque a pesar de que Pipe no había cumplido dos años, Maurina iba camino al segundo parto. Insistía en que si Annette se embarazaba pronto, si lo lograba de inmediato —y no tenía ningún cuidado al decir ‘pronto’ o ‘de inmediato’— sus hijos serían compañeros de colegio. Decididamente, Maurina era alguien mucho más confiable que Darío para sacarse todas las dudas sobre la posibilidad e imposibilidad de un embarazo. Era fértil. Ella decía que su objetivo en la vida eran los partos de dos pujos. Tenía el estilo de madre en la que Annette deseaba convertirse. Pero Darío veía con preocupación que Maurina no llevara bolsos maternales con dibujos de ositos y tela imper-

meable, sino que guardara los pañales y las toallas para limpiar la caca de Pipe adentro de sus yiscas, junto a sus libretas —a era diseñadora de interiores y anotaba ideas y bosquejos mientras conversaba con la gente—. Le asustaba que ella se jactara de no usar una misma marca de mamaderas: compraba la que le vendían en la farmacia de turno. Si hablabas a casa de Maurina a las doce de la noche, podías escuchar a Pipe despierto. Darío se preguntaba si eso estaba bien.

Annette estacionó el carrito en la góndola de las verduras. Preparó una bolsa con pimientos rojos:

—Antioxidantes y fotoquímicos —dijo—: para los radicales libres.

Darío embolsaba unas cebollas. Más bien oía el murmullo del supermercado que las teorías de Annette sobre los fotoquímicos. Cada vez que ella disponía una nueva campaña para un embarazo inmediato, había que comer pimientos. Los radicales libres —esas partículas imperceptibles que Annette aseguraba despedían la luz del sol o los caños de escape de los autos— iban en contra de la potencia de los espermatozoides y de la calidad de los óvulos. Había que combatirlos con verduras de colores intensos como el pimiento, y en el caso de Darío era necesario además reforzar la alimentación con porotos, que aportaban zinc. También, de ser posible, era de esperar que él se tomara al menos un litro de jugo de naranja por día, para fortalecer la vida útil de su esperma.

Se suponía que ya habían hecho la compra e iban directo a las cajas del supermercado, pero Annette se quedó en el pasillo de las legumbres. Darío vio que ella se había puesto a conversar con una chica embarazada.

Para él no era casualidad que se hubieran topado con una mujer a punto de tener un hijo. Todo lo contrario: sentía que lo perseguían. También veía autos cuando se obsesionaba buscando el modelo para cambiar el suyo: si se decidía por un Citroën, se le cruzaban Citroën todo el tiempo. “Los Citroën están siempre, solo que ahora les prestás atención”, decía Annette. En la vida real, Darío no cambiaba su Volkswagen hacía

siete años. La casa donde vivían era un rejunte de objetos vintage que ellos, a pesar de todas las ideas que tenían para convertirlos en piezas únicas y deslumbrantes, finalmente dejaban sin restaurar. Annette compraba revistas de diseño llenas de tips que nunca ponía en práctica; las latas de pintura envejecían sin ser abiertas. Por las noches, ella preparaba los porotos en oliva y perejil.

—¿Es un varón? —le preguntó Annette a la chica de la panza.

Annette se había parado junto a ella. Como las bolsas de plástico estaban detrás del carrito, Darío se corrió para que la embarazada pudiera agarrar una. Ella miró a Darío haciéndole notar que le incomodaba que él no le hubiera sacado los ojos de encima —había un límite muy fino allí, entre el estómago enorme y las tetas de una futura madre—. Annette y la embarazada ahora se miraban frente a frente.

—Nahuel —contestó ella.

La chica se agachó para levantar su canasto. Annette intentó ayudarle pero la embarazada fue más rápida. Darío había dejado de mirarlas y se quedó leyendo el reverso de un paquete de porotos, pero escuchó que Annette decía:

—Yo me muero por una nena.

También le dijo a la embarazada que seguramente no tendría tanta suerte. Annette creía que el primero sería un varón.

—Eso es lo que quiere él.

Ese 'él' era Darío. Él era ese que se moría por un varón.

—Otro papá protector —dijo la embarazada.

De pronto, la conversación había dejado de llegarle como restos de un eco distante. Darío estaba ahora dentro de esa escena pero no podía distinguir entre la palabra 'papá' y todo lo demás que decían tan naturalmente Annette y la embarazada.

—Solo estamos de acuerdo en el nombre del varón —dijo Annette.

Darío se dio cuenta, recién entonces, de que él y Annette habían estado todo el tiempo tomados de la mano.

Esa noche, los esfuerzos de Darío debían apuntar en otra dirección. Debería haberle importado que el análisis hubiera dado negativo. Pero el deseo de tomar el vino para festejar, el calor del horno recién apagado y las ganas de comer el ajo que impregnaba la salsa solamente le devolvían la medida exacta de su propia crueldad. Lo que más le preocupaba era la indiferencia que él sentía ante la decisión unilateral de Annette de iniciar un tratamiento de fertilización mañana mismo. Aunque fuera tan joven y los médicos le hubieran explicado miles de veces que no lo necesitaba.

—Maurina no puede ir a todos lados con Pipe —le dijo a Annette cuando se sentaron a la mesa.

Ella le alcanzó la botella y el sacacorchos. Era incapaz de abrir un vino sin la ayuda de Darío.

—¿Por qué? —preguntó ella—. Si es un nene tranquilo.

—Creo que no te estás dando cuenta de que para vos es contraproducente —le explicó Darío—. Pipe, Maurina y su nuevo bebé te ponen más nerviosa.

—Puede ser —dijo Annette.

Se tomó un momento para masticar que a Darío le pareció más largo de lo normal. Pero Annette no se quedó callada. Dijo:

—Ya entiendo. No es que me haya obsesionado ni que ella lo diga, pero cuando veo a Maurina embarazada sí pienso que nosotros ya pasamos casi un año buscando un bebé y todavía no pudimos. Quizás sería mejor que nos viéramos menos seguido. Maurina lo entendería.

Darío le dijo a Annette que le parecía bien. Si bien no era lo que había querido decirle, enseguida le siguió la corriente. Despegándose un poco de Maurina y de sus embarazos, ella iría abandonando poco a poco esa teoría épica de la concepción. Y no habría nada más productivo para Darío que lograr que Annette se olvidara también de iniciar un tratamiento de fertilización a los treinta años. Podrían tener sexo esa noche o cualquier otra sin que él sintiera pánico de salir del baño y volver a la cama. Encontrar a su mujer desnuda y acostada

boca arriba, con las piernas extendidas hacia el techo como si estuviera por empezar una sesión de abdominales inferiores era una de las situaciones más punzantes a las que Darío se había enfrentado en el último año, y quizás en toda su vida.

—Annette —le dijo una de esas veces, haciendo un esfuerzo sobrehumano por no mirarla tirada así en la cama—. Si mi esperma es bueno, los muchachos van a subir de cualquier modo.

—Esta posición los concentra —dijo ella. No había escuchado lo que Darío acababa de decirle.

—Maurina seguramente se pasó varios meses tirando pataditas al techo —dijo él.

—Esta no es idea de Maurina.

—Ah, ¿no? —dijo él—. ¿Y qué es lo que hace ella, entonces?

—Nada —respondió Annette, tomando más aire de lo normal—. Ella solo es fértil.

Él esperaba oír un poco más acerca de la fertilidad de Maurina, y se sentó a un costado de la cama. Annette se quedó tal como estaba. Cerró los ojos y dejó de mirar el techo. Exageró otra vez la respiración, y tomó una bocanada de aire.

Darío se enfrentaba a los instructivos elementales para la fertilidad. Acaso el haberse negado durante varios años a dejar de cuidarse resonaba en él como el acorde de una guitarra culposa.

Discutían muy poco. Incluso en las cuestiones más problemáticas de la historiografía, ella y él casi siempre llegaban a un punto intermedio. Muchas veces, después del sexo, hablaban de historia y sistemas sociales. Darío se quedaba despierto en la cama solo por el orgullo de que su mujer todavía fuera capaz de pensar en los sistemas sociales cuando en realidad, por el tiempo que llevaban juntos, ella debería proponerle casamiento civil o alguna cosa por el estilo. Pero Annette siempre estaba dispuesta para una discusión alegre. Se decían cosas pero no peleaban. Discutir sobre procesos historiográficos no tenía la menor relevancia. Después, Annette tenía esa cos-



tumbre de dejar la puerta entreabierta cada vez que entraba al baño. Darío podía ver casi todo lo que ella hacía ahí adentro, a pesar de que le había pedido muchísimas veces que cerrara la puerta. Podrían haber discutido sobre aquello. Cuando Darío era un niño, una vez desde su habitación vio a su madre enfrentándose al espejo del baño, encererse el bigote y tironear de la piel de su cara varias veces, como si disfrutara lastimándose. Entonces tenía doce años. Y hubiera preferido no verlo. Durante el tiempo que vivió en su casa, hasta antes de entrar en la universidad, Darío se la pasó gritándole a su madre que cerrara bien la puerta al entrar al baño. Le costaba entender la razón por la cual su madre se resistía a hacer un esfuerzo tan ínfimo como el de trabar una puerta. Para cuando intuyó que las puertas entreabiertas eran quizás una tradición de género, él y Annette ya habían tomado la decisión de mudarse juntos. Mientras Annette y Darío no estaban en proceso de ser padres, él se distraía sin querer hacia la imagen de ella desnuda, sentada en el bidet después de haber estado en la cama: Darío quería espiar los vaivenes del pelo largo de Annette, que le trepaba por cuello desde la espalda y caía sobre su pecho, ocultando parcialmente el color rosado de los pezones. Cuando ella salía del baño envuelta en una toalla daba saltitos en puntas de pie. Volvía a la cama con los pies muy fríos.

En cambio, mucho después, durante los meses de entrenamiento para el embarazo, Darío observaba cómo ella se deslizaba fruncida hasta el baño. Annette se movía con la dificultad de una persona recién operada del estómago; apoyaba una pierna sobre el borde de la bañera, y se pasaba el papel higiénico entre las piernas con el cuidado que uno toma al limpiarse una herida. De verdad que parecía dolorida. Y una de esas veces, Darío, que le había pedido tanto que cerrara bien la puerta, se levantó de la cama. Tal vez el viento hubiera sido más compasivo. Un vendaval habría hecho menos estruendo que el que se oyó al sonar aquel portazo.

El otoño siguiente, Maurina tuvo a su segundo bebé. El tiem-

po estaba seco y soleado. Todos los sábados, mientras se preparaban para subir al cerro, Annette se sentaba frente al espejo de su *dresoir* a quejarse de la estática. “Es imposible”, decía. Le mostraba a Darío cómo, aunque se pasara el cepillo, el pelo volvía a despeinarse. Hacía chispas. Annette no podía controlarlo. Por momentos, eso le hacía perder la calma. Eso mismo, por momentos, la hacía reír.

En general, pasaban el día en un descampado en el medio de la montaña, que servía de pista de despegue a los amantes del parapentismo. Había un club donde se podía almorzar al sol y espacio para que los padres con niños pudieran descansar de la ansiedad moderna de sus hijos. Darío y Annette iban a ese club invitados por Maurina, que antes de la maternidad había sido parapentista —su marido y sus amigos eran los fundadores de ese lugar—. Preparaban un bolso con sombreros y anteojos para el sol, y Darío también se hacía de algunos libros para cuando llegara la siesta y las conversaciones y el descenso de los parapentes se tornaran tan relajantes como una porción de torta María Luisa. Annette elegía pañuelos grandes y botas color suela.

El control del nivel de fertilidad formaba parte de la rutina que ellos tenían antes de salir. En el *dresoir*, Annette guardaba el kit de ovulación, un sistema de varillas plásticas para comprobar la concentración de la hormona leutinizante. El kit para la fecundación efectiva incluía varias fuentes descartables en las que ella debía hacer pis y luego esperar tres minutos hasta que apareciera el color. En caso de que hubiera hormona, ella y Darío tenían sexo. Si ya estaban listos para salir, se desvestían. Tenían que hacer el intento. Lo hacían. Después, Annette guardaba las varillas sobrantes e iba al baño con el pulóver puesto, descalza y sin bombacha. Dejaba la puerta sin cerrar del todo. Darío no miraba hacia el baño sino a los cajones del *dresoir*. Todas las varillas eran del mismo plástico. Era posible que la industria de los tratamientos caseros para detectar ovulaciones y embarazos se lo hubiera puesto a pensar y decidieran a propósito que las bandejas y las varillas para el

control de ovulación fueran idénticas a las que te vendían con el test de embarazo.

—Parece que no hay leutinizante —le dice Annette, como si ese fuera el final y no el comienzo de un día—. ¿Nos vamos?

Darío se sube los pantalones. Annette ha dejado de menstruar hace tres días. Sin embargo, él no es quién para llevar la cuenta de los días fértiles de su mujer. Annette le ha dicho que se le hace cada vez más difícil devolver el pis sin hormona al inodoro y tirar las varillas desteñidas a la basura. Ella dice que cada vez que tira una varilla, siente que entierra a un hijo. Pero a Darío le cuesta imaginar siquiera cómo es un hijo. Tampoco ha pensado en serio que en ese objetivo de Annette él tenga alguna responsabilidad. Le pregunta a ella si tiene ganas de manejar cuando hayan llegado al pie del cerro.

—Me parece que me adelanté —le dice ella—. Todavía no estamos en fecha.

Annette le pide que frene el auto al pie del cerro y dice que va a pasarse al asiento del volante por encima de la palanca de cambios. Cuando Darío abre la puerta para cambiarse de lugar, los dos interrumpen el silencio tratando de adivinar quién de sus amigos del club es el que va a aterrizar su parapente muy cerca de donde están ellos. No esperan a ver quién es; Annette arranca el auto y siguen trepando el cerro escuchando una FM con interferencia. Ella maneja suavemente y al llegar al descampado ella y Darío tampoco han logrado ponerse de acuerdo sobre el nombre del piloto que acaban de ver abajo.

Cuando Annette conoció a la mamá de Darío, el día del cumpleaños de alguien que ahora él no podría recordar, ella le preguntó:

—¿Se lo hace en casa o va a una peluquería?

Hablaban del color de pelo de la madre de Darío. Él creía que siempre había sido igual.

—Estoy segura de que se lo tiñó después de haberlos tenido a vos y a tu hermano. Tener hijos y cambiar rotundamente el color de pelo alguna vez es algo por lo que toda mujer debe-

ría pasar –agregó Annette. A él le pareció que en esa cara tan pecosa, que en una chica de tan nariz infantilmente respingada, las reflexiones sobre la maternidad eran solo un decir, y que todavía le quedaban un poco grandes.

Entonces, Darío le dijo cualquier cosa: que su madre lo preparaba en casa. O que se lo hacían las tías solteras. Darío también cree que mientras volvían de esa fiesta y esperaban en una esquina para cruzar mirando a los dos lados porque el semáforo a esa hora daba luz intermitente, él le dijo algo. Piensa que le contestó que, de tener hijos alguna vez, le gustaría que el primero fuera un varón.

Darío aprendió algo –muy poco, poquísimo– sobre yiscas. Sus compañeros de departamento durante los años universitarios trabajaban de artesanos, y alguna vez él viajó con ellos a las comunidades wichis de Formosa para buscar las hojas secas de cháguar y el colorante del árbol de heuk para teñir los tejidos.

Annette le preguntó si sería capaz de tejerle una yisca. Estaban en una feria del interior. Ella no encontraba una yisca forrada de tafetán, que evitaba que se le escaparan las lapiceras por entre la trama del tejido. Darío nunca había armado una yisca. La cosa más obvia del mundo era que jamás lo había hecho. Annette era solo siete años menor que él, pero lo creía capaz de todo. Si Darío había convivido con artesanos, en el universo de Annette, Darío tejía yiscas. Sin saber muy bien cómo iba a salir de aquel aprieto, le dijo a Annette que él se la tejería. Haría una yisca para ella. Dos, tres. Cuantas ellas quisiera. Y de verdad Annette debería haber comprendido que tanta promesa no podía ser otra cosa que una exageración. “De todos colores”, le dijo, sin embargo, “que sea multicolor”. Una semana después, el amigo artesano le entregó la yisca a Darío. Le dijo que tampoco la había hecho él. Pero sí le explicó que era de las buenas, traída directamente desde Formosa y no de esas industrializadas que circulaban ahora como productos de diseño de autor bajo el mote de arte residual. Darío y su amigo bromearon sobre la industria residual, despotricaron contra

los nuevos militantes de la izquierda aburguesada, tal como en los viejos tiempos. Después, Darío volvió manejando a casa. Había mucho trabajo invertido en esa yisca, pero aunque se tratara de la energía de otra persona, Annette no lo notaría. Para Darío, con que ella no se diera cuenta, ya era suficiente. No importaba cómo Annette se hiciera de las opiniones que tenía sobre él. Darío tampoco se asustaba cada vez que intuía que ella se hacía falsas expectativas. Siempre podía comprar una falsa yisca o someterse a una nueva estrategia para acelerar la fertilidad.

En la entrada al club de parapente, Maurina les hizo señas apenas el auto entró al descampado. Llevaba a Pipe en un brazo, y con el otro les indicaba dónde estacionar. Antes de bajar del auto, Annette sacó de la yisca una pastilla de ácido fólico y la tomó en seco. Debía hacerlo a la una en punto para reforzar su organismo, porque el ácido fólico fortalecía el sistema neurológico del bebé. Los médicos recomendaban tomarlo durante la búsqueda del embarazo.

—Marcelo está volando —les dijo Maurina—. O quizás lo hayan visto por allá abajo, al pie del cerro.

—Creo que sí, que lo vimos —dijo Annette. Ella y Maurina se alabaron mutuamente los pañuelos del cuello.

Pipe cargaba al pollo en sus brazos. Seguía con la maña de criar pollitos. Cuando se le morían, sus padres le compraban otro. Así que allí estaban los dos, Pipe y su nueva víctima, entendiéndose como dos buenos hermanitos. Cuando Pipe vio llegar a Annette, hizo un alboroto y empezó a pedirle a Maurina que lo dejara en el suelo para ir a abrazarla. Ella lo dejó ir.

—¿Dónde está el bebé? —preguntó Darío, que venía atrás con el bolso. Tres meses era demasiado pronto como para que él recordara el nombre del nuevo hijo de Maurina.

—Cólicos —le dijo ella.

‘Cólicos’ quería decir que el bebé se había quedado con dolor de estómago o gases en casa de la madre de Maurina. Darío frunció la nariz como si le hubiera dado una puntada

en su propia panza; dijo: “pobrecito”. El nuevo bebé no iba nunca al club –Darío no estaba seguro de si esto era por su comodidad o por la de Maurina–. Annette aprovechaba para jugar con Pipe. A él le gustaba verla correr. Darío saludó a los demás desde lejos y se sentó a leer a un costado, bajo el techo de paja y adobe de la galería. Corría buen viento. Enseguida, Annette le hizo señas para que fuera a la mesa. Almorzaron ensaladas y pan de campo –la mayoría de los que estaba allí iban a volar–. Annette y Pipe se comieron los bastones de pescado que Maurina había traído en un “tupper”. Y un poco más tarde, cuando Darío volvió a la galería, sucedió lo de siempre: todos olvidaron que él estaba allí, con el trasero sobre el pasto, de cara a la ciudad y protegiéndose del sol, dormitando con un libro sobre el pecho.

–Y la primera es nena, ¿no? –le preguntó Maurina a una de las mujeres de los aladeltistas. Darío, a pesar de su sueño, podía oír perfectamente esa conversación.

–Sí, es nena –dijo la otra. Entre los brazos sostenía un bulto de bebé varón, o al menos la manta era color celeste.

Otra de las mujeres intervino:

–¡Qué envidia! Ya tienen la parejita.

–¿Te las ligaste? –preguntó Maurina con la boca llena, mientras levantaba las migas de la tarta de dulce de leche del postre con una cucharita.

–Fue un parto natural –le explicó la mujer del bebé recién nacido.

–Si no hubiera tenido el segundo varón yo lo habría hecho –respondió Maurina–, pero todavía puedo hacer un intento más para que venga la nena.

–Igual te podés ligar las trompas aunque no hayas ido a cesárea –aconsejó la otra–. ¿Para qué querés más? Si ya tenés la parejita.

–¿O querés más? –dijo Maurina y miró a las otras dos mujeres–: esta loca quiere otro.

–Pero tendrías que tener una nena –le dijo la otra.

En la punta del descampado opuesta a la galería, muy

lejos de aquella conversación, Annette le pedía a Pipe que soltara al pollito. Lo tenía agarrado del cuello y a cada súplica de Annette, lo apretaba un poco más. Las ráfagas del viento en contra se llevaban lejos los sonidos. Sin embargo, Darío veía que Annette y Pipe peleaban. Estaba seguro de que Annette le hablaba con una suavidad que en ese momento Pipe no se merecía. El niño lo haría en broma, pero iba a ahorcar a ese pollo en cualquier momento. Ante la insistencia, Pipe dejó escapar al animal. Eso hizo que a Pipe se le desatara una crisis de llanto. Se había llevado las manos a la cara y con la mezcla de la tierra y las lágrimas había quedado pintado como un deshollinador. Ahora se esforzaba por calmar a Pipe, pero él le gritaba furioso.

Annette levantó en upa a Pipe. El pollo revoleaba las alas alrededor de ellos, aunque el viento se llevara los gritos. Ella alzó al niño y lo arropó como a un bebé recién nacido, pero Pipe empezó a estirar los brazos y las piernas con una histeria cada vez mayor. Darío esperaba que Annette pudiera resolver ese escándalo. Por un momento, le pareció que su mujer estaba a punto de darse por vencida, y un segundo después la vio sacudir más y más al pequeño Pipe. Ninguno de los dos debía estar en esa situación. Entonces fue cuando Annette envolvió a Pipe entre sus brazos, como si el niño fuera a apagar su furia descontrolada contra su pecho. Pero eso no sucedió. En un momento el viento nada pudo hacer para callar el escándalo. Se hizo un silencio y un segundo después lo único que se oyó fue el grito de Maurina, que había desviado la mirada por primera vez hacia donde estaba su hijo:

–¡Annette!

Las mujeres seguían la conversación, ahora apuntando sus críticas hacia Annette.

–Mirá si lo va a calmar acunándolo –dijo una de ellas.

Maurina –que seguramente las había escuchado mientras se levantaba– corrió hasta donde lloraban Annette y Pipe. Como una buena madre, Maurina le dijo algo al oído que nadie más podía escuchar, y fue suficiente. Pipe, impulsado

por su madre, volvió a los brazos de Annette. Pero enseguida le pidió que lo bajara; ella lo dejó en el suelo.

Y cuando todo parecía retomar el curso normal, Annette se acostó panza abajo en el piso. Escondió la cara entre los brazos. La tierra estaba muy seca pero a Annette parecía no importarle que polvo y el pasto seco del otoño le ensuciaran la ropa. Fingió que estaba triste y que empezaba a llorar. Pipe, a un costado, no se veía conmovido por la broma. La ignoró, como a un juguete que ya no es capaz de llamar la atención.

Annette podía tener las mejores intenciones, que el agua de todas maneras se le escapaba de las manos. Darío se quedó viéndola desde la sombra. Cuán cerca estuviera él de ella para mirarla, ese no era el problema. Annette seguía intentando conquistar otra vez a Pipe; ahora intentaba jugar a asustarlo. Se había levantado del suelo y hacía como que empezaba a perseguirlo. En un momento, Annette quedó lejos de las mujeres, de Maurina, incluso de Pipe que no se movía de su lugar. Ahora era Darío quien estaba más cerca de ellos, pero a él nadie iba a prestarle atención. Si alguien hubiera mirado, lo habría encontrado solo, viendo cómo con la inclinación del sol cambiaban de color las cimas de las montañas. Dejándose golpear por las ráfagas del viento que llevaban y traían el eco de las voces, la risa de Annette que volvía intermitente, una y otra vez, desde y hacia los precipicios.





---

## Recomendaciones de Marcelo Negro

---

### LECTURAS SESUDAS PARA PLAYAS TROPICALES (TAMBIÉN SUBTROPICALES)

¿Cómo llega un libro a nuestra mesa de luz para ser leído con deleite estético y afectación intelectual?

Repasemos los caminos comunes, casi obvios:

1. por la fama del autor. Fama avalada por la academia por ejemplo, si es que la academia sabe y quiere recomendar; o por la alabanza mediática, quizás no tan “prestigiosa” como la primera pero que tiene su influencia también sobre las masas cultas (semicultas, incultas, etc.);

2. porque no sabemos quién es el autor pero cierta crítica sesuda nos lo aconseja con esmeradas explicaciones;

3. por el boca a boca;

4. porque hay que leerlo, esto es raro que pase con literatura de ficción (dejemos de lado lo que fueron en su momento nuestras obligaciones de escuela secundaria), pero a veces, como un texto está referido a determinado marco teórico de nuestra práctica profesional por ejemplo, simplemente eso, hay que leerlo (Sófocles/Freud o Gide/Lacan, y muchísimos ejemplos más).

Hay otros caminos menos obvios pero igual de eficientes (o no) para que el goce de lectura se consume (o no). Tengo algunos métodos que me han resultado más que útiles, aunque

reconozco de dudosa lógica en cuanto a la rigurosidad que ponen en juego. He elegido libros por:

5. por la tapa (“con esta tapa no puede ser un mal libro”);

6. por el título (“con este título...”);

7. por leer sólo un fragmento, y por una inducción más cercana a la fe que a otra cosa, suponemos que el libro es homogéneo a ese bello fragmento leído;

8. por azar (me acerco a cualquier mesa de la librería y... ta-te-ti). Convengamos que es la forma más riesgosa y cara, si el azar no jugó de nuestro lado. En este caso pedir siempre envoltorio para regalo, desenvolver con cuidado y mantener impoluto y sin rasgar la vestimenta de papel, y no tirar la bolsa. Regalar y recomendar el libro a alguien que no querramos demasiado, o que sabemos -indirectamente, que no lee, lo cual ya implicaría en esta última situación no transgredir el principio de no maleficencia literaria.

Jamás comprar un libro por lo que su contratapa dice, si no están al menos cumplidos los pasos 1 o 2 y/o 5 o 6.

¿Qué se hace luego con la lectura? ¿A dónde van a parar esas páginas y páginas leídas con más o menos indiferencia, con más o menos pasión? ¿En qué se transforman?

¿Identificación con el/la héroe/heroína del relato?

¿El encuentro con una alegoría bien escrita de una pasión que nos envuelve?

¿El hallazgo de LA frase?

Según Pascal Quignard, en LA BARCA SILENCIOSA (primera recomendación): “Los relatos imaginan otra vida. Esas imágenes y esos viajes arrastran, poco a poco, situaciones que emancipan de los hábitos de la vida, tanto en la vida del que lee como en la vida del que escribe”.

O mejor: “La narración que permiten las palabras entre-blanqueadas y recortadas de la lengua escrita precipita a los

hombres en espectros”.

ii...!!

## CARRITO DE COMPRAS ACONSEJADO

TODO ESTO PARA QUÉ, de Lionel Sriver.

Aconsejaba el libro hace varios meses atrás Rodrigo Fresán, desde el suplemento cultural de Página 12. Y también comprado por el título.

Puede leerse como una crítica mordaz del sistema de salud en USA. Puede leerse como la deriva personal y familiar cuando una enfermedad grave y terminal se instala en medio de la vida. Para mi gusto, el personaje que se roba la novela (como pasa en algunas películas con algunos actores que aparecen breve pero fulgurantemente) es en la estructura del relato un personaje secundario.

Flicka, se llama. Sufriente de una extraña y limitante enfermedad, los diálogos de ella con su padre son para un compendio de bioética, si es que a alguien le interesa la bioética en clave agridulce: oscuramente cínica y desopilante a la vez.

VIDA Y DESTINO, de Vasili Grossman.

Comprado por la tapa, por el título y por ojear el contenido.

En un momento estamos en el sitio de Stalingrado. Páginas después, en el gueto de Varsovia. De pronto, somos pilotos rusos a punto de salir en una misión. Conciencias abrumadas y lúcidas, confundidas y valientes en el contexto de la segunda guerra mundial. Se ha comparado esta obra con *La guerra y la paz*, de Tolstoi, en versión siglo XX. Si el horror y el dolor pueden ser escritos bellamente, este es un botón de muestra. Alta literatura. Imperdible. (Pienso: esto parece una contratapa “marketinera”; no era mi intención...).

EL AGUA Y LOS SUEÑOS, de Gastón Bachelard.

Como subtítulo lleva: Ensayo sobre la imaginación de la materia.

Comprado por el prestigio del autor.

En un borde complejo, extraño, entre filosofía y...y ¿qué?, Gastón Bachelard nos acerca otra de sus “poéticas”. Ya había leído su Fragmentos de una poética del Fuego e incurSIONÉ en varias páginas de Poética del espacio.

Para los que quieran descubrir lo que es la imaginación de la materia.

LAS PUERTAS DE LO INVISIBLE, de Daniel Chirom

Libro de poesía comprado por el título,...y un guiño cómplice del vendedor de la librería que, vale decirlo, es vendedor/consejero y no recurre al simple “la gente lo está llevando mucho”; tampoco era el caso del texto en cuestión.

En fin: encuentro con gran poeta, desconocido para mí hasta entonces.

El viaje de un Capitán Beto mítico y místico.

Crucé la atmósfera.

Atrás quedó mi hogar

y un granate,

los atalayas y sus pájaros.

La única presencia es la ausencia.

Las puertas de lo invisible

son visibles.

# Mavrakis en Spandau

---

Juan Terranova

(Buenos Aires, 1975)

Relato inédito escrito especialmente para este número de ATLAS

---

1.

Soñé que entrevistábamos a Tao Lin con Nicolás Mavrakis.

Estábamos en el lobby de un hotel cinco estrellas.

Buenos muebles, piso de madera, todo muy bien iluminado y confortable.

El escenario clásico en que los periodistas pobres de Buenos Aires entrevistan a los visitantes ilustres de los festivales literarios.

– Pero... Ustedes no hacen un uso irónico del fascismo –decía Tao Lin.

En el sueño hablaba perfecto español.

– No –respondía yo–, hacemos un uso irónico de la democracia.

Mavrakis no opinaba.

Después me desperté y fui al baño y me lavé la cara.

¿Qué podría haber dicho Mavrakis?

En público, nada. Es muy serio y reservado.

En privado, con un ligero énfasis: “Sí, chino idiota, y aparte apoyamos al Partido Republicano y nos gusta comer

carne.”

2.

Después de lavarme la cara, me hice un café y prendí la computadora. Mavrakis estaba conectado. Alguien había descubierto que tenía cierto parecido con Errico Malatesta, el anarquista italiano. En ese momento, la novia de Mavrakis estaba en Alemania y aparte de extrañarla, él la molestaba todo el tiempo recomendándole que visitara Spandau. Luego, cuando llegaba la noche, aburrido y solo, se iba al Abasto a practicar un refinado ritual masoquista. Supongo que la contemplación de la gente cenando en el patio de comidas lo templaba. Así que le dije que pensaba escribir un relato titulado “Malatesta en el Abasto.” Él era Malatesta y el Abasto era su mente decorada con diacrónicas y vidrio y fragmentada mil veces por la publicidad de las marcas transnacionales que vendían zapatillas hechas por niños esclavos en Tailandia.

3.

Después empezamos a hablar de Albert Speer y de Rudolf Hess. A ambos nos interesaba mucho más Speer que Hess, desde luego, y él me recomendó un artículo que George Steiner había publicado en *The New York* sobre las memorias del arquitecto. Cuando abrí el link, vi que el artículo estaba fechado en 1976, un año que no pasa así nomás en Argentina. “Voy a escribir un cuento que se llame Mavrakis en Spandau” le dije. “No soy tan alemán, soy más filobritánico, de los alemanes me gusta Hegel, poco más” escribió él. “Vos sos más continental que yo” agregó. Pero Terranova en Spandau no suena.

4.

Dos minutos antes, Mavrakis me había pasado un link a una canción de Paul McCartney con los Wings. No me gustó. Era una canción demasiado blanda, algo cursi, como una de esas películas de amor que agarrás un sábado por cable ya empezadas y no terminás de entender. Mi canción preferida de

los Wings es Silly love song. Paul toca una línea de bajo muy melódica y canta que vale la pena seguir escribiendo canciones de amor. Después de la canción de los Wings, Mavrakis me mandó la foto de una mujer joven, desnuda y bella en una playa. Mientras googleaba “Spandau” y “Silly love song”, le pasé una tapa de Superman’s Pal, Jimmy Olsen. Creo que es la historieta más lisérgica de DC Comics. En esa tapa, Jimmy se está casando con un mono y Superman revuelve una enorme olla humeante. Jimmy se queja. La broma, dice, llegó demasiado lejos. No quiere casarse con la “female King Kong.” Superman le responde que no puede hacer nada al respecto y como “local witch doctor” los declara marido y mujer.

5.

(Me encanta que Superman sea sensible a la magia. Es lo que yo usaría para derribarlo. Magia negra. La peor magia negra. Nada de Kryptonita ni fantasías radioactivas. Con magia negra Superman se vendría abajo como un Boing de pasajeros atacado con artillería pesada.)

6.

A Mavrakis no le gustan las historietas. El hábito de leer historietas le resulta algo infantil. (Desde luego, lo es.)

7.

Después, leí la entrada que Wikipedia le dedicaba a “Spandau.” No decía nada importante, salvo que desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta el 2 de octubre de 1990 había formado parte del Sector Británico de Berlín Oeste. Había otro artículo titulado “Prisión de Spandau” que tampoco valía mucho. Aunque ahí se podían ver algunas fotos del edificio que había alojado a los condenados del juicio de Nuremberg. La única información relevante que se daban era que, cuando murió Rudolf Hess –después de pasar cuarenta años preso, la mayor parte solo– el edificio de ladrillo rojo había sido demolido y en ese mismo lugar se había construido un centro

comercial. Mavrakis sabía esto. Un shopping en Spandau. Me lo había dicho una vez. No me quiero imaginar la calidad de los fantasmas de los baños y los subsuelos de ese Shopping.

8.

“Soñé que entrevistábamos a Tao Lin” le escribí.

“Lo entrevistó Godoy, no dijo nada importante” respondió.

Sí, yo había leído la entrevista que le había hecho Godoy y ahí Tao Lin quedaba como un chico sin ganas de nada al que todo le daba más o menos igual.

“Tienen un sello que se llama Lazy Fascist Press” escribí.

Me lo había contado Vanoli. ¿Sería cierto? Lo busqué en Google y ahí estaba. Lazy Fascist Press. El nuestro se podría haber llamado directamente Fascist Press. O mejor, Fascismo Editora.

9.

“Toda mi literatura, todo lo que escribo, de una u otra manera, se reduce o se puede reducir a dos amigos hablando” le dije a Mavrakis.

Y pienso que es cierto.

“Bueno, no está tan mal eso” me dijo él.

A esta altura de la mañana ya había postergado dos reuniones de trabajo. También había abierto dos archivos con notas que tenía que terminar. Pero me distraje leyendo que Sir Paul había escrito Silly Love Song en 1976 porque Lennon lo había chicanado diciendo que McCartney solo escribía “ton-tas canciones de amor.” No le comenté el dato a Mavrakis porque estaba seguro que lo conocía. 1976.

10.

Después pensé en fantasmas. Me acordé que una vez había leído una entrevista a una mujer que estaba presa. La mujer decía que lo peor de la cárcel eran los fantasmas. La nota intentaba humanizar el encierro. Por ejemplo, se señalaba más



de una vez que esa mujer había empezado a estudiar y planeaba recibirse de abogada. La entrevista transmitía o quería transmitir la sensación de que si eras pobre, la cárcel no resultaba peor que una fábrica en el segundo cordón del conurbano. Una idea, desde luego, siniestra como una víbora que ríe. Por eso lo mejor de la entrevista eran los fantasmas. La mujer decía que los fantasmas la aterrorizaban. Según sus declaraciones, en la cárcel habían muerto muchas mujeres, mujeres a las que habían violado y ultrajado, mujeres que habían sido asesinadas en los baños de la cárcel, entre aguas servidas y basura, mujeres que había sido golpeadas con palos de escoba, apuñaladas con fierros oxidados, mujeres que habían sido vejadas física y mentalmente de las peores formas antes de ser estranguladas, o degolladas o ultimadas con un golpe en la cabeza. Las muertes más terribles se daban en la cárcel y esos fantasmas, los fantasmas de esas mujeres asesinadas, volvían siempre y eran voraces y crueles con los vivos. Según la presa, tenían olor a lavandina y se aparecían en cualquier momento y asustaban de una manera tan perfecta que mataban de golpe. Los guardiacárceles, parece, encontraban muy seguido reclusas duras como la grasa de un plato sin lavar en invierno. No se me escapaba que había una vertiginosa regresión al finito ahí. El fantasma de una presa que mata a una mujer presa cuyo fantasma mata en la cárcel a una mujer presa cuyo fantasma... En la entrevista se insistía con eso: las encontraban con los ojos abiertos y la mandíbula apretada, orinadas, transpiradas, eructando por el rigor mortis, lo cual las hacía ridículas, pero de una ridiculez que no mitigaba el miedo sino que lo agudizaba. Y así y todo al final, la mujer decía, orgullosa, que no se dejaba engañar por los fantasmas, aunque eso, atención, no los hacía menos peligrosos.

Esa era la frase a la que quería llegar.

¿Los fantasmas no te engañan? Eso no quiere decir que sean menos peligrosos.

11.

Le conté a Mavrakis que en China hay una secta que es-

pera un Mesías mujer. A Mavrakis le gustan las historias de la China contemporánea. Tiene la fantasía perversa de que dentro de poco China va a conquistar por la fuerza o la astucia la Argentina y luego va a someter a todos los argentinos a trabajos forzados.

12.

Ese día, cuando terminé de escribirme con Mavrakis, en vez de ponerme a trabajar, empecé a releer y a corregir un relato que había escrito una semana atrás. La historia sucedía en mundo que se recuperaba de un Apocalipsis nuclear. Las ciudades había sido arrasadas. Los seres humanos había conseguido sobrevivir en grupos aislados. Entre las muchas novedades terribles de ese nuevo mundo la más importante era que las mujeres, y solo las mujeres, podían transmitir el vampirismo y convertirse en vampiros. Imaginé que la conversión se daba si la víctima estaba menstruando. Si no, la vampira solamente la desangraba viva y se la comía. Introduje escenas y paisajes clásicos. Al costado de las autopistas se veían los cadáveres, los huesos viejos blanqueándose al sol y los cuerpos más recientes picoteados por caranchos. También describí edificios abandonados. Así, estas mujeres vampiro postnucleares preferían las ruinas húmedas de las ciudades donde se podían esconder de la luz. Eran sucias, bestiales, se vestían con harapos, olían mal, emitían un chillido agudo parecido al de los murciélagos y poseían una fuerza y una agilidad que las hacía muy difíciles de matar. Desde luego, no tenían ninguna piedad con los hombres. Una vez planteado el escenario general, mi narración comenzaba en una base minera ubicada en un desierto. Ahí unos cincuenta hombres trabajan extrayendo minerales y hierro. Se trataba de una comunidad cerrada y netamente masculina. Muy cada tanto recibían cargamentos con los insumos necesarios para la vida y el trabajo. La mina era peligrosa, los hombres eran duros y el trabajo los extenuaba. Aparte de sus rutinas diarios, también criaban cerdos y recorrían los alrededores matando cabras salvajes. Esas eran sus ocupaciones. La

seguridad del yacimiento estaba garantizada por el aislamiento. El punctum del relato llegaba cuando, una vez por mes, los mineros cruzaban a pie parte del desierto para visitar un valle, una zona selvática donde había un pueblo de mujeres. En ese pueblo –unas pocas casas con jardines cuidados y árboles frutales– intercambiaban miel silvestre por alcohol destilado de forma casera, frutas por piezas de acero, y hacían una fiesta de la fertilidad donde, de manera libre, a veces incluso bestial, tenían relaciones sexuales. La idea era que, aunque no se decía de forma explícita, el lector comprendiera que mantenerse separados era una forma de prevención, de profilaxis extrema. Los hombres no corrían el riesgo de ser atacados por mujeres vampiros al estar solos. Y desde luego iban al encuentro de las mujeres siempre con un entusiasmo atravesado por cierta incomodidad paranoica. ¿Y si cuando llegaban las dulces campesinas se transformaban en sus atroces verdugos? Si algún minero decidía quedarse en el campamento se lo tildaba de invertido, se lo segregaba. Así que todos los mineros, entonces, caminaban hacia la fiesta cada mes. En lugar del previsible y mundano baño de sangre, mi golpe de efecto narrativo llegaba después de una de esas fiestas, en la que se había bebido, se había comido, se había bailado y se había fornicado con intensidad. Mientras los hombres volvían saciados y melancólicos a su lugar de trabajo, uno de ellos se suicidaba. No era el peor, no era el más débil, no era el que más miedo mostraba. Solamente se había adelantado y se había colgado de una viga, en un galpón abandonado. Los hombres encontraban el cuerpo, moviéndose apenas, rodeado de polvo y chatarra, la soga manchada de óxido. Los hombres, sin decir nada, lo descolgaban y lo enterraban. Ya casi tenía toda esa escena, solamente me faltaba el final. En uno de mis cuadernos había escrito la frase: “El tenía sus motivos.” La idea era que los demás mineros entendían al suicida sin necesidad de decirlo o hablarlo. El gesto era elocuente en sí mismo. “El tenía sus motivos.” Me parecía que era una buena frase para terminar el relato.

---

## Recomendaciones de Ingrid Brunke

---

1- « **Guerra mundial A**», de **Max Brooks**. Ya sabemos que los zombies no existen. Pero olviden la película y lean estas historias de sobrevivientes de la epidemia global, escrita por el genial hijo de Mel Brooks, tan reales algunas, que por las dudas uno mira por encima del hombro mientras lee....

2- « **Yo, Pierre Riviere, habiendo matado a mi madre, mi hermana y mi hermano...**» De **Michel Focault y su grupo de estudio**. Se lee en un día de playa. En lugar de sudoku hagan una entretenida evaluación psiquiátrica a partir de un caso real de 1835, con recopilaciones policiales, jurídicas, de los medios y un manifiesto del propio homicida. Cualquier parecido con los casos que debaten Chiche y Mauro es mera coincidencia..

3- «**Batman visto por un psiquiatra**», del **Dr J.A. Ramos Brieva**. Me lo regalaron en un Congreso en Madrid recién salido del horno, en 2000. Seis años después salió la 2da edición, mejorada y disponible en pdf en la web. Para los que leíamos historietas (-Cáspita!!, Les dicen Comics hoy día!), y nos dedicamos a analizarlo todo, sobre todo el vínculo entre Batman y Robinson. Quién sabe? Por ahí hasta sacamos tema para hablar en terapia..(nuestra o de nuestros pacientes...)

4- **«El chino», de Henning Mankell.** Policial sueco, entretenido, del mismo autor de la saga sobre el policía Kurt Wallander. Si les gustó después se la compran en lugar de ver la serie..

5- **«La sombra de Poe», de Matthew Pearl.** Amo los thrillers donde se mezclan historia y fantasía. Y qué amante de Poe no leyó acerca de las dudas sobre su muerte? Del autor de «El Club Dante»...



# El Recurso Humano

## III Eric Kandel

---

Nicolás Mavrakis

(Buenos Aires, 1982)

Fragmento de la novela El Recurso Humano  
(Milena Caserola, 2014)

---

*Tu cabeza, tu mente, no es como la cocina de un hotel, sabes, no puedes desechar cosas como si fueran latas viejas. Se parece más a un río que a un lugar, cambia y se mueve todo el tiempo. No puedes obligar al río a discurrir derecho.*

*Ian McEwan*

100111

Las áreas de interés humano son el dinero, el sexo y la muerte. Ninguna novedad desde hace cinco mil años. De la combinación de esos vectores pueden derivarse intereses subalternos como el amor y el entretenimiento. Algunos sociólogos tienden a englobar los intereses restantes en dos elementos concretos: pornografía y turismo.

Se trata de lo que a la gente le interesa, dijo la chica dark, jugando con el envoltorio de un profláctico. Hablaba hacia el

cielorraso. Una larga memoria de gustos y preferencias.

La chica dark dijo que a los veintiséis, la edad en que las obras sociales dejan de cubrir las prestaciones de los hijos de sus afiliados, nadie se ocupa de conseguir una obra social propia. Y estamos hablando de algo tan elemental, dijo, con las uñas de los pies embadurnadas en lubricante. Los jóvenes, siempre, indefectiblemente, se piensan inmunes. Inmortales. ¿Por qué gastar la porción de un salario medio-bajo en la cuota de una obra social que no vas a necesitar hasta los treinta?

Se acomodó los anteojos de marco fino. Volvió a parecerse a la estudiante misteriosa salida de cualquiera *anime* de Katsuhiro Otomo.

No sería exactamente *anime*, dijo. En todo caso, podría parecerse la estudiante misteriosa de cualquiera *hentai*.

Pensá en lo que acabás de hacer, dijo después.

Abrí los ojos. Seguía recostada, mirando el cielorraso.

Era cierto, yo no tenía obra social. Pero tampoco tenía veintiséis. Este preservativo, dijo la chica dark, incorporándose. No quiso pisar la alfombra de la habitación sin los zapatos negros. —No estaba en tu mesa de luz cuando llegué —dijo.

Traté de recordar. Tenía la imagen latente de la cerradura desbaratada. Pero era una típica imagen de asociación por sustitución. Una creación colectiva entre la situación concreta por la que había llegado a mi cama con una mujer, puesta en relación con las otras veces en las que había llegado a mi cama con otra. La dark frotó sus dedos entre las sábanas y dijo que mi plasticidad sináptica era la del típico varón neurótico. Por norma general, eso me depositaba entre los vectores subalternos de la pornografía y el turismo.

Nada que yo consuma o me interese consumir, mentí.

La chica dark se puso de pie.

—¿No te gustaría hablarme sobre ella?

En la casa no había fotos, ni hebillas, ni rastros de ningún pelo largo y lacio. La chica dark solo preguntaba para lastimar.

—No, tu memoria es nuestro bien máspreciado ☒dijo☒. Nunca lastimaría tu memoria.

11 DE JULIO

Mi vida cambió con Verónica. Abrí los ojos en un mundo que desplegaba puertos. En programación, abrir puertos significa jugar duro. Arriesgar para ganar, aunque la certeza no esté garantizada. Con Verónica pasó. Los puertos fueron un canal de colonización, un canal demasiado predispuesto, para mi propia sorpresa, a los efectos de la hibridación. Una invasión invertida.

Se supone que mi tarea consiste en adecuar escenarios y variables. Nunca pude adecuar esas variables a mi vida.

Cepillo de dientes en el baño, ropa interior en la ducha, vegetales en la heladera, cremas para la piel en la habitación; eso era previsible, estaba debidamente estudiado: el lenguaje es la casa del ser y la mujer es la casa del hombre.

La alteración progresiva de las conductas, para colmo, fue benéfica. Empecé a ir a la cama temprano, organicé mi mañana para duplicar mi productibilidad, el sexo se transformó, al fin, en una experiencia de placer sentimental tan instantánea que yo mismo propuse trabajos de neuromarketing sobre *hacer el amor*. No había más vacío, no había más pliegues. La vida sin una mujer es mitad de una vida. Lo escribo a pesar de que puede sonar estúpido. Tengo que aceptar que fui feliz. Si hay algo que se parece a la felicidad, esa felicidad surgió con Verónica. El pasado teje una red. El problema es que esa delicada construcción neuroquímica que llamamos amor tiene el feo hábito de desaparecer de un día para el otro.

Pasábamos juntos mucho tiempo, no un tiempo sucesivo y cohabitado, sino un tiempo útil, un tiempo de intercambios lúcidos, un tiempo donde lo que compartíamos cerraba los puertos de acceso con el resto del mundo, un mundo que siempre es imperfecto, de eso, créanme, no tengo la menor duda, pero que con Verónica se convertía en innecesario. Pienso en el desarraigo ante lo real que pueden construir dos personas *enamoradas*. Lo real, el lugar de lo real, la inadecuación final que nos depararía intentar regresar juntos a lo real. No



sé por qué conjugo los verbos en pasado. La puerta está ahí, el picaporte sigue a punto de caer, sigue siendo nuestro hogar. Eso también es *real*.

Tal vez ahí esté la clave del problema. Las fronteras, la expansión, el derrumbe de lo real. Mi área de trabajo. El área de lo real.

Cuando nos mudamos juntos tuve que hacer, por primera vez, un duro trabajo de campo para ayudarla a decidirse. Esa impulsividad tiene su análisis clínico y matemático. En ese momento, la impulsividad representaba la más legítima energía de lo verdadero. Mis ingresos no eran los de la usina corporativa unipersonal que represento hoy, pero una vida de retiro monástico me había ayudado a ahorrar.

El departamento lo eligió ella. Un espacio luminoso, un balcón donde regar plantas —Verónica no tardó en llenar el lugar con plantas, es decir, con color y con vida—, un refugio contra la hostilidad del mundo. Un lugar romántico. Si supieran —si vos, Verónica, pudieras saber— la cantidad de veces que mi trabajo necesita la ficción de lo *romántico*.

Las mujeres construyen calidez con facilidad. De eso no hay duda. Ni científica. Una alacena con más platos, vasos agradables, copas para vino. La vida y sus placeres, articulados por una mujer que construye un espacio. Cortinas nuevas y paredes pintadas con colores claros. La vida con Verónica fue muy buena hasta que dejó de ser vida.

¿Por qué?

La pasión, la ternura y el desapego constituyen el sagrado circuito de los tres pasos del deseo cuando se aplica a los objetos en el mercado. Pero eso evade la pregunta.

¿Por qué?

Debería haber una respuesta. Todo problema tiene una solución. No hay problemas sin respuesta. Hay problemas falsos. Como estoy altamente calificado para resolver problemas, asumo que no se trata de un problema falso. Lo que no admito es que no haya solución. No admito la inexistencia de una respuesta. Esa es mi zona de cautiverio.

101000

Televisión de alta definición. Uno de esos logros que no tendrá su estrella negra sobre el muro de la CIA en Langley.

Un trabajo de admisión evaluado por el propio Arcidiácono.

Que él te permita llamarlo así es un auténtico privilegio, dijo la chica dark. A mí ni siquiera me dejaba mirarlo a los ojos.

A mí, dijo la dark, llegó a decirme que haberme infiltrado en el newsletter financiero del psicoanalista que atendía al gerente de *DirectTV* e inducirlo durante meses a que comprara acciones de *Sony* —hasta que logré que entendiera que no se iba a hacer rico hasta la implementación del sistema de alta definición— no era suficiente. Pero Arcidiácono es así, dijo la dark, un genio.

Aunque los programadores estamos acostumbrados al cinismo, el modo en que los dos estábamos ahí, desnudos y traspirados, en la misma cama y bajo el mismo cielorraso, hablando sobre alguien a quien ella había ordenado matar y a quien yo había visto morir —al menos así lo recordaba—, eso, creí, era realmente despiadado.

—Y me gustaría subrayar el hecho incontestable —dije tratando de taparme con una sábana— de que fui despiadado en las últimas semanas.

Escondió los pezones y recorrió la habitación con una mirada. Me pareció que estaba feliz y le pregunté por qué.

—Ayer compré mi segundo «flat» en Holborn —dijo.

Hacía unos años, ella sola había armado una campaña de reclamos telefónicos falsos acelerando el declive del *Láserdisc* frente al DVD. Una batalla tecnológica menos conocida que la del PAL contra el NTSC.

Lo había hecho reprogramando uno de los primeros discadores automáticos en el mercado. Un *Enforcer 920* diseñado para emergencias. Una honorable acción de terrorismo corporativo por la que jamás recibiría la Orden de las Artes y las Letras.

—Deberías conocerlo en persona —dijo abrochándose el corpiño—. Arcidiácono te caería bien.

## 7 DE JULIO

Cuando hombres y mujeres se ponen de acuerdo para construir un dispositivo que permite intercambios civilizados, están sacando la cuestión amorosa del medio. Las primeras épocas de convivencia con Verónica, sin embargo, no fueron malas. Se me ocurre compararlas con las instancias de negociación de un infinito contrato comercial, pero en un entorno que privilegiara siempre el *acuerdo* sobre el *conflicto*. Convivir en un mismo espacio, por otro lado, permite entender mucho sobre geopolítica. Es raro que no lo hayan percibido algunos escritores interesados en la cuestión. Martin Amis, por ejemplo. Pasó casi una década preocupado por la posibilidad de que el mundo se terminara de un día para el otro en una guerra termonuclear resuelta únicamente entre dos partes y únicamente a través de dos golpes. La potencial aniquilación absoluta de todo lo existente. Pero las variables eran precisamente las que condicionaban esa batalla a la eternidad del frío. Un hombre y una mujer que comparten un mismo mundo tampoco pueden enfrentarse de manera directa. Esa tensión ante la aniquilación absoluta de todo lo construido, nada más que entre dos partes y únicamente a través de dos golpes, esas mismas variables, sostienen la vida entre un hombre y una mujer.

101001

Me vestí sin pasar por la ducha. Bajamos. Preferí imaginar que la chica dark no me forzaba a mantener mi *iPhone* apagado ni a subirme al auto estacionado en la puerta.

Un *Audi* en el que Boris dormitaba.

Parecer dormido, dijo Boris, pero alerta.

Una vez adentro, encendió el aire acondicionado. Con la misma cadena sintagmática de Tarzán, dijo:

—Viejo truco de cuartel en Kirguistán.

Antes de que el auto se pusiera en marcha vi un macrograma sobre el medidor de luz de mi edificio. Estaba subrayado.

Llegamos al Instituto de Neurociencias de Buenos Aires. Pensé

en la posibilidad absurda de gritar.

Gritar es un hombre gritando, así que grité. Grité como Janet Leigh gritó en *Psycho* y como Jamie Lee Curtis gritó en *Halloween*. Grité hasta que el grito alcanzó un grado de definición tan redonda y perfecta como una manzana. Grité hasta que mis pulmones quedaron vacíos.

Boris apagó el motor del *Audi* ofuscado.

La chica dark dijo que, tratándose de un programador, por momentos parecía un imbécil. Después me preguntó si quería entrar al instituto. Boris encendió el auto.

—Físicamente —aclaró—. Arcidiácono va a recibirte en un rato, deberías estar orgulloso. Hoy llegó nuestro balance de *The Walt Disney Company*. Están satisfechos.

Entramos por el garaje y bajamos por una rampa subterránea. Boris me escoltó hasta un tercer o cuarto subsuelo. Una puerta se abrió y apareció Alexandro Nassar.

Si en otro tiempo Nassar y yo hubiésemos estado esperando en el mismo pasillo de la UTN una clase de Sistemas Operativos, le habría dicho que su mirada me hacía sentir como una vieja plataforma de tarjetas perforadas por Charles Babbage en el Museo de Ciencias de Londres. Esa fascinación que producen los objetos cuando se los vio muchas veces pero no se los experimentó nunca.

# Los Ladrones

---

Martín Felipe Castagnet

(La Plata, 1986)

Relato inédito

---

“El perro no muerde”, me dice Abuela desde la puerta de la casa, “pero ojalá lo hiciera”. Como el perro no se mueve, yo tampoco lo hago. Abuela toma al perro del collar y cruza el patio hasta donde estoy parado. El perro levanta las orejas y me lame las manos. “Este perro necesita amor”, dice ella, “no me sirve”.

Noto los moretones verdes y violetas en su cara. Entramos a la casa; el perro queda afuera de una patada. La alfombra de la salita está cubierta de diarios, pulóveres, teteras, libros, cajas de remedio; todos los objetos están rotos, desarmados o sucios.

“Estoy en guerra, eso es lo que pasa”, me dice, mientras golpea unas botas contra el suelo para sacarles el barro de la suela. “Mientras rezaba se prendió una luz. ¿Dios? Un ladrón. Me pusieron una bolsa en la cabeza y me apretaron el cuello. Vimos que cambiaste el auto, me dijo uno. ¿Dónde están los pesos? Les dije dónde estaban. ¿Dónde están los dólares? Les dije dónde estaban. ¿Dónde están los euros? Les dije que no

tenía ni uno solo. Me pegaron hasta con la linterna. Podés desatarte cuando nos vayamos, me dijo el más negro. Ahora acompañaime al fondo, que los ladrones entraron por la puerta de atrás”.

No sé por dónde avanzar, así que piso sólo donde ella pisa. A veces algo cruje. Llegamos hasta la puerta de la cocina. Está cerrada y no tiene picaporte. “La dejo así a propósito”, dice Abuela, “apurate por favor”. En un armario hay tres picaportes de bronce. Prueba uno y no encaja bien; el segundo sí. Lo primero que veo dentro de la cocina es un plato de uvas verdes cubierto por una campana de cristal; después veo las moscas que chocan contra el vidrio. Abuela cierra la puerta que acabamos de cruzar, con el picaporte del lado de afuera.

Pegado a la cocina está el comedor. “Vamos, no te quedés quieto”. Está oscuro y me llevo por delante una bolsa de comida para perro. Aprieto varias veces el interruptor de la luz del comedor. “Hace unas semanas que no funciona la red eléctrica en esta parte de la casa”, dice Abuela. Enciende una vela adentro de una compotera. La puerta que da a la parte de atrás del patio tiene la madera reventada en torno al cerrojo. “Tomá este martillo”, me dice, “necesito que me ayudes a clavar una tabla contra la puerta”. Me limpio las manos transpiradas contra el mantel, pero se me quedan pegadas migas invisibles.

El martillo está pesado. La tabla también.

“Pero si tapiamos esta puerta, ¿cómo vamos a salir?”

“Por la otra puerta”.

“¿Cuál?”

“La del lavadero”.

Esa puerta está trabada y herrumbada, pienso. El perro ladra desde el patio. “Tenemos que apurarnos, los ladrones están por volver”, dice ella. Me pasa los clavos. La llama de la vela los hace resplandecer. “Por favor, por favor, no me dejes sola con los ladrones”, llora Abuela, como un globo que se infla y desinfla con el viento.

# Cierre

---

---

ATLAS 4 , la edición de lecturas de verano finaliza acá.  
Nos vemos en el otoño ya con el 2015 funcionando a pleno.

---

---

## SUSCRIPCIÓN

Si desean recibir en sus casillas de mails los número anteriores y los que seguirán, enviénnos un mail a [maildeatlas@gmail.com](mailto:maildeatlas@gmail.com) y encantados les cumpliremos ese deseo.

**A U T O W A H N**  
editora

[autowahneditora.wordpress.com](http://autowahneditora.wordpress.com)

(c) 2015